

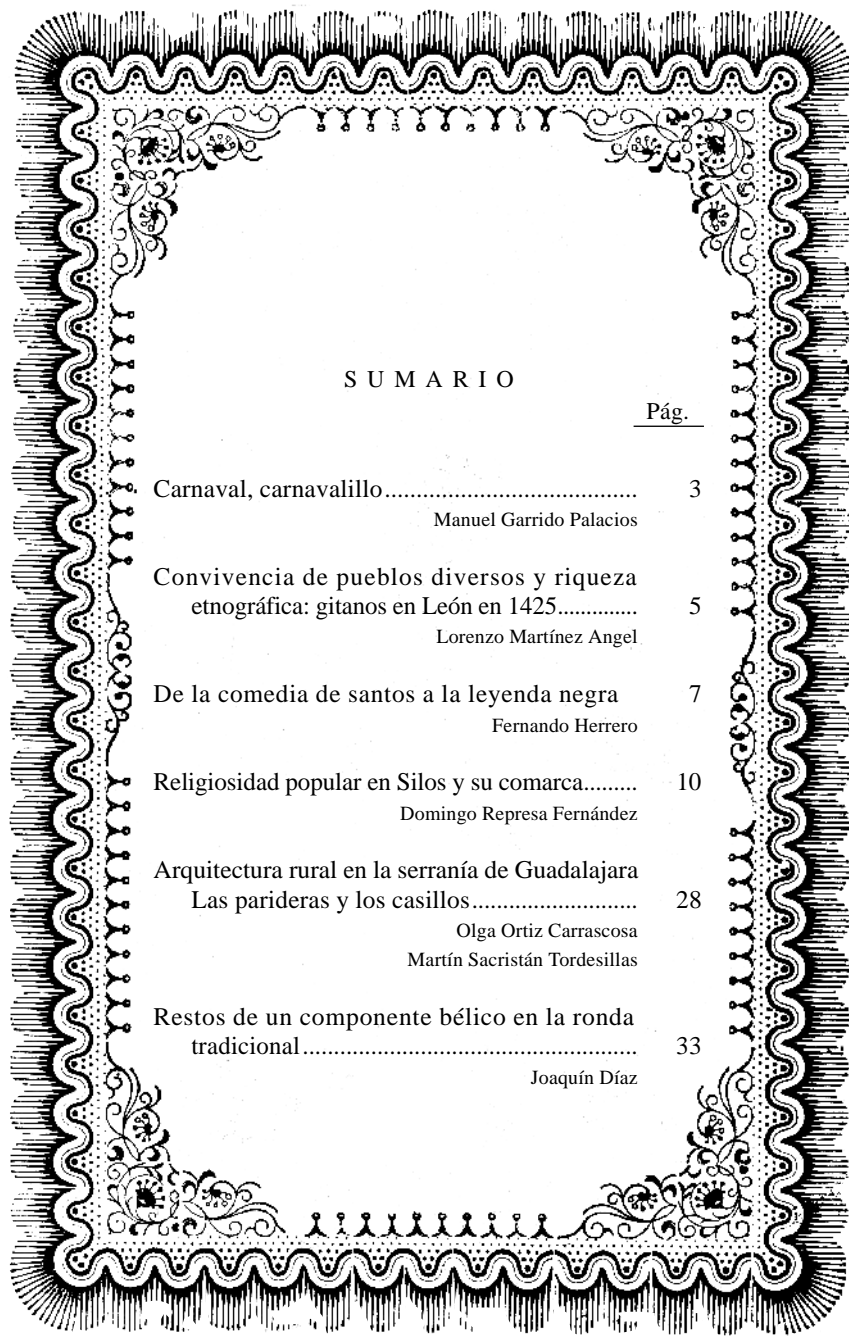
Editorial

El miniaturismo es el arte de reproducir objetos reales en tamaño reducido. Aunque su historia vaya ligada habitualmente al mundo infantil y del juguete -casas de muñecas, soldados de plomo, automóviles, trenes, etc.- hay excepciones que pueden demostrar esencialmente que en la invención y producción de la miniatura hay un deseo de perfección del ser humano que tiene poco que ver con la infancia. Hasta nuestros días ha llegado este arte en forma de profesión o de afición y son numerosísimos los apartados y especializaciones que abarca.

En particular, hay muy buenos profesionales en el mundo que dedican su esfuerzo a reproducir instrumentos musicales en miniatura, algunos de ellos auténticas joyas que, en pureza, tendrían más que ver con la orfebrería que con el miniaturismo.

El Museo Nacional de Escultura de Valladolid guarda, entre sus maravillas talladas, una curiosa colección que tiene mucho que ver con este tema. Se trata de un Belén Napolitano con cerca de doscientas figuras que representan a los personajes habituales del Nacimiento; junto a ellos, y formando un conjunto abigarrado, hombres y mujeres ataviados con muy diversos trajes de época realizan faenas cotidianas. Algunos de aquellos y de estos personajes -artesanos, pajes de los reyes y comitiva- llevan y tocan instrumentos musicales: miniaturas que, gracias a la extremidades de alambre de las figuras, pueden ser sostenidas, imitando los muñecos actitudes y posturas de músicos. Más de treinta instrumentos muestran la riqueza musical de la época en que fueron creados -siglo XVIII- combinando tradición con moda y formando un conjunto extraordinario digno de atención y estudio.





SUMARIO

	<u>Pág.</u>
Carnaval, carnavalillo.....	3
Manuel Garrido Palacios	
Convivencia de pueblos diversos y riqueza etnográfica: gitanos en León en 1425.....	5
Lorenzo Martínez Angel	
De la comedia de santos a la leyenda negra	7
Fernando Herrero	
Religiosidad popular en Silos y su comarca.....	10
Domingo Represa Fernández	
Arquitectura rural en la serranía de Guadalajara Las parideras y los casillos.....	28
Olga Ortiz Carrascosa Martín Sacristán Tordesillas	
Restos de un componente bélico en la ronda tradicional.....	33
Joaquín Díaz	

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.
Plaza Fuente Dorada, 6 y 7 - Valladolid, 2000.
DIRIGE la revista de Folklore: Joaquín Díaz.
DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.
IMPRIME: Imprenta Casares, S. A. - Vázquez de Menchaca, 64 - 47008 Valladolid

CARNAVAL, CARNAVALILLO

Manuel Garrido Palacios

*Como yo, Platero no quiere nada
con el Carnaval...
No servimos para estas cosas...
(Juan Ramón Jiménez)*

La cultura popular es herencia común que pasa por nosotros camino de los que vengan. Cualquiera de sus elementos, creado en una circunstancia precisa, movió al hombre a un tipo de expresión, sumando el tiempo matices, tan pobres a veces, que suelen reducir el rito o la fiesta a una simple cáscara cubriendo un meollo vacío.

A pesar de ello, aún podemos disfrutar en los trabajos de campo de ejemplos vivos de cantos, danzas, cuentos, leyendas, juegos, recetas, aunque poco se pueda salvar ya de cuanto lamentable ha ido aportando su mal uso; lo que consiguió llegar hasta hoy sufre, no un proceso de involución o evolución, sino un deterioro irreversible que amenaza, incluso, a los marcos que le dieron cabida, caminando todo a una gris homologación.

Los pueblos le nacieron al paisaje sin estridencias, a la medida del hombre, en una arquitectura sin arquitecto de la que emergieron conjuntos habitables partiendo del material de la zona: piedra, barro, madera, pizarra, plomo y nivel, proponiendo distribuciones cómodas, útiles, pensando en el calor, en el frío y en el desarrollo de la vida, muros entre los que la cultura popular nació y creció, transmitiendo su “cencia”, que yo llamo “esencia” a través de las generaciones para cada momento del ciclo vital: nacimiento, vida, muerte, y en identidad con las labores humanas y sus elementos, como la cal, la teja, el ladrillo, los espacios, los macizos, los humeros, los patios, las azoteas, el umbral o el zócalo de lindes; entornos donde maduraron historias, casamenterías, guisos, oficios, saberes, lengua: vida, en suma; asuntos difíciles de transmitir hoy en los amasijos de viviendas sustitutivas, archivos más que habitats, donde da sus postreros coletazos la memoria de muchos viejos desarraigados de su suelo, en el que se sentían parte, y que, trasladados al monstruo de hormigón, apenas se sienten ellos.

Entrar hoy por los barrios nuevos de cualquier ciudad equivale a un aburrimiento visual que nos hace sentirnos siempre en el mismo sitio. Por esos pliegues urbanos, sin otra señal de identidad que la repetición, agoniza buena parte de la cultura popular, que, si ayer, por estar enraizada en un “sistema de vida que propiciaba su uso y su conservación”, permaneció cargada de sabiduría, hoy, borradas sus marcas hondas y mostrando lo más superficial de su ser, llega a convertirse en pasto turístico o ra-

reza vitrinera. Ante su desaparición, engullida por un discutible progreso, es recogida por el etnógrafo con cierta prisa en libros, archivos y películas. Este recontar, según Héctor Garrido: “variante no enunciada de ecologismo”, nos permitirá ver mañana, a través de fríos documentos, ese ayer en el que aún no éramos un número de una cola cualquiera en una sociedad cuadrículada, sino simples seres humanos, que no es poco.

Advierte Jovellanos que no debe confundirse “la diversión con el espectáculo; no ha menester que el gobierno lo divierta, sino que lo deje divertirse; en el breve tiempo que puede destinar a su solaz y recreo, el pueblo inventará su entretenimiento”.

*¿Dónde andará don Carnal
que le pilla la Cuaresma?
Ni ella es ya la misma,
ni él conserva su sal.
Anda una en menoscabo,
y el otro sin verse el rabo.*

Dice Julio Caro Baroja -Don Julio- que mientras el hombre creyó que su vida estaba sometida a fuerzas sobrenaturales, la celebración del “Carnaval fue posible. Desde el momento en el que hasta la diversión se reglamentó, siguiendo criterios políticos, concejiles, atendiendo a ideas de orden social, buen gusto, el Carnaval no pudo ser sino una mezquina diversión de casino pretencioso. Sus encantos se acabaron”.

Este Carnaval de hoy, reinstituído, esta fiesta loca, donde “gente ha mucha y personas pocas”, no pasa de ser un ejemplo de “lo que conviene”: ya que toca el Carnaval, queda permitido divertirse; pongámonos, pues, la máscara -otra- “para no ir a trasmano”.

He asistido en tiempos de prohibición a carnavales notables en los que, con esa chispa que sólo surge del genio o del pueblo, se han venido toreando vetos y mandangas de este tipo. Son ejemplos vividos cuyo relato ocuparía ahora tiempo y espacio innecesarios; además, en todos encontraríamos el mismo cuerpo, porque, como espíritu, “el Carnaval ha muerto” -en palabras de Caro Baroja- “y no para resucitar como en otro tiempo resucitaba anualmente”. Según “la gente piadosa, como último resto del paganismo, bien muerto está”. Pero “al Carnaval no le mató, sin embargo, el auge del espíritu religioso, ni la acción de las izquierdas” ni de las derechas; “ha dado cuenta de él una concepción de la vida que no es ni pagana ni anticristiana, sino, simplemente, secularizada, de un laicismo burocrático”.

Residuo pagano que, de hurgar a fondo en su origen, igual nos topábamos con la idealizada “orgía primaria”, en la que, según un viejo amigo, en la especie se producía “una desinhibición instintual necesaria” y se llegaba al entusiasmo, a ser poseído por el dios, a tener libertad absoluta para el desvío, la transgresión, la promiscuidad, con lo que el privilegio del dios era adquirido por la colectividad. Vino luego el cristianismo, inventó la Cuaresma y puso en el coro humano el Réquiem del Mea Culpa por haber tenido antes tanto desmadre.

*¿Dónde vas con ese traje
y ese sombrero de copa,
si dentro de ti estás tú,
te pongas lo que te pongas?*

Hoy, más que un enmascarar rostros, podría decirse que se trata de desenmascarar instintos: “esto que, llevado a sus últimas consecuencias, hubiera resultado escandaloso para la persona, se dejó en careta, en sobrecara, quitando la máscara a las intenciones”. El Carnaval está saturado de ellas, según Caro Baroja, “no solamente sociales, sino psicológicas. El hecho fundamental de poder enmascararse le ha permitido al ser humano cambiar de carácter en unos días o unas horas, a veces, hasta de sexo”. Escribe Gaspar Lucas de Hidalgo:

*Martes era, que no lunes,
Martes de Carnestolendas,
Víspera de Ceniza,
Primer día de Cuaresma.
Ved que martes y que miércoles,
Que víspera y que fiesta;
El martes, lleno de risa
El miércoles de tristeza.
La mujer se viste de hombre
y el hombre se viste de hembra.*

Y Quiñones de Benavente pone en boca de Francisca en uno de sus entremeses:

*También es caballero,
carrerita, paseo,
el agua convertida en galanteo,
pues hay galán que remojar se deja
embobado a los hierros de una reja,
y el que para mirar su sol divino
águila viene, vuelve palomino.*

La ordenación del Carnaval, lo que se conoce como “programa de fiestas”, resulta paradójico; sabe a desfile del descontrol con invisibles labios ordenando que paseemos a “desordenarnos ordenadamente”. Es una pantomima montada, como tantas, pero no es el Carnaval, que para don Julio, como respuesta colectiva, es “la repre-

sentación del paganismo en si frente al cristianismo, hecha, creada, en una época más pagana en el fondo que la nuestra, pero también más religiosa”.

Hoy, los medios de comunicación transmitiendo la fiesta entre anuncios publicitarios y voceros de tres al cuarto, las comparsas haciendo turno para soltar sus murgas y los teatros con un público “enmascarado” de domingo, que “todo el año es Carnaval, y en estos tiempos, mucho más”, asistiendo desde sus cómodas butacas al espectáculo servido en la escena, deben revolverle las tripas al viejo Carnaval, porque ¿qué queda de él sin el corazón libre, sin el desorden, sin el exceso que le daban vida, carácter?. Es como obligar a un niño a jugar a las cinco en punto de la tarde durante veintidós minutos justos.

Don Carnal fue desdibujado, reprimido, muerto; se le “muere” cada año, muerte que hay que buscar en la simbología cristiana, creada en torno a la Cuaresma: “En las fechas oscuras de la Edad Media europea, se fijaron los caracteres del Carnaval, porque, quiérase o no, es hijo, aunque pródigo, del cristianismo; si no fuera por la Cuaresma, no existiría en la forma concreta en que ha existido”.

*No hay una feria sin puta,
ni un fraile sin su prebenda,
ni holganza sin buena vianda,
ni Carnaval sin Cuaresma.*

Aquí o allá quedan restos de esta fiesta que, como ocurre con otras, es de prever que siga girando hacia aspectos simplones de murgas y comparsas como eje único, incluyendo críticas a los sufridos munícipes; críticas que serían más deseables expuestas de forma seria y razonada, sumemos algún chiste con ribetes de escándalo: “alegría, flor de un día”, y poco más. O nada más.

Ningún pueblo podría resucitar por sí solo el cuerpo y el alma del Carnaval. Y en este marco pintado a trazos gruesos podemos ahorrarnos etimologías eruditas. ¿Qué más da a estas alturas si el Carnaval procede de carnevale, carnestolendas, antruejo o entroido?. La pena de los que amamos la cultura popular no nace de saber o no “de dónde vino”, sino “porqué se fue”.

Esto de hoy -no digamos lo de mañana- parece responder a una canción recogida no sé dónde, eco suelto del viejo carnaval que vagaba errante de siglo en siglo:

*¿Qué habrá sido de mí fuego
que por más que muevo el ascua
sólo cenizas encuentro?.*



CONVIVENCIA DE PUEBLOS DIVERSOS Y RIQUEZA ETNOGRÁFICA: GITANOS EN LEÓN EN 1425

Lorenzo Martínez Angel

No se puede dudar de la enriquecedora contribución etnográfica y cultural que la etnia gitana ha supuesto para tantas tierras entre las que se encuentra León. La historia de León presenta a los estudiosos de la historia y cultura gitanas diversas noticias de no poco interés. Cabe recordar a este respecto las referencias del P. Martín del Río de la Compañía de Jesús sobre los gitanos que llegaron a León en 1584, estando en esta ciudad el jesuita citado (1).

Sin embargo, los abundantes fondos documentales del Archivo de la Catedral de León guardan una noticia no sólo bastante más antigua sino de singular importancia para el conocimiento de los gitanos en los primeros momentos de su presencia en Europa Occidental

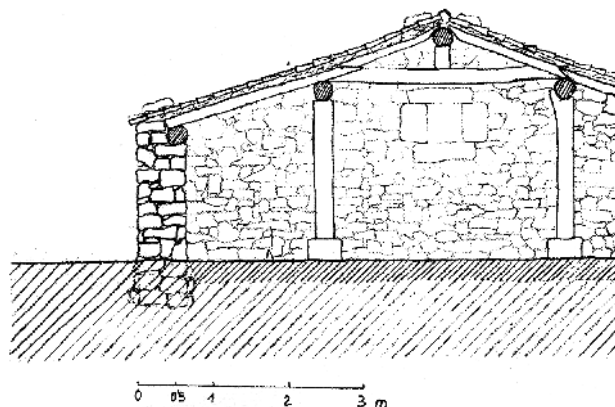
La presencia gitana en Europa Occidental en el siglo XV ha sido, en nuestra opinión, bien tratada por Joaquín Albaicín (2) y la noticia que recogeremos a continuación encaja perfectamente en el marco cronológico conocido hasta la fecha

La noticia que hemos citado se conserva en las actas del Cabildo de la Catedral de León y está fechada el 25 de marzo de 1425. Se contiene en esta fuente documental que el Cabildo encargó al arcediano de Cea (3), Ruy Sánchez de Basurto, que diera trescientos maravedís "a un caballero de Egipto la Menor e a otros omnes e mugieres que benían en su compañía" (4)

La referencia a "Egipto la Menor" es la tradicional de los gitanos en estos tiempos (5), con lo cual la identificación es clara. Pero más interesante, si cabe, es la razón por la cual el Cabildo legionense realiza la donación monetaria a este grupo de personas: "por quanto trayan bulla de nuestro señor el papa Martín quinto, por la notificava a todos los reyes e príncipes e prelados en cómo eran cristianos verdaderos e otorgava muchos perdones a todos los que le fiziessen limosnas"

Este testimonio leonés adquiere su mayor significación si lo contextualizamos. En primer lugar, la presencia gitana en el reino de Aragón en 1425, citada entre otros por Joaquín Albaicín, tiene sus apoyos básicos, que sepamos en dos documentos. El primero se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona), fue expedido en Zaragoza y lleva fecha de 12 de enero de 1425 (6). El segundo documento se encuentra en el Archivo Histórico

provincial de Huesca, está datado en Jaca el 23 de mayo de 1435, y en él donde se recoge otro salvoconducto datado en Zaragoza el 8 de mayo de 1425. Este documento se encuentra publicado en la obra *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela* (7), lo que da a entender que sus autores pensaban que las gentes del Egipto menor a las que se refiere esta fuente escrita irían o vendrían, de Santiago de Compostela



Pues bien, la referencia documental leonesa al estar datada en marzo de 1425, fecha intermedia entre enero y mayo, nos lleva a dos conclusiones posibles: que en enero estaban en Zaragoza, en marzo en León y en mayo nuevamente en la capital aragonesa, o que estamos ante un grupo gitano distinto al de los salvoconductos aragoneses. Sea cual sea la opción acertada (personalmente nos inclinamos por la primera), estamos ante datos novedosos en la historia de los gitanos a comienzos del siglo XV.

Pero la aportación contextualizada del documento leonés permite todavía avanzar más en el tema. Así, parece claro que acertaron quienes situaban la presencia gitana de 1425 en relación con la peregrinación a Santiago, pues difícilmente puede suponerse otra razón para la presencia en la ciudad de León de estas gentes.

Además de todo lo dicho queda otra cuestión: la referencia a la bula de Martín V. Joaquín Albaicín dedica bastante atención a este tema en relación con los gitanos del primer tercio del siglo XV, justificando y argumentando que efectivamente tal documento existió (8) Nos inclinamos a pensar como él, teniendo en cuenta que el documento pontificio no sólo fue presentado ante el Cabildo legionense, sino, lo que es más importante, admitido. Debe tenerse en cuenta que el Cabildo citado recibía documentos pontificios, por lo que debía conocerlos bien. Además, el encargado del pago Ruy Sánchez de Basurto, arcediano de Cea, era jurista (9) por lo cual parece difícil que pudiese tomar por legítimo un diploma falso. En todo caso, si no fue así, debió ser una magnífica (presunta) falsificación.

Y hasta aquí estas breves líneas, escritas con la intención de llamar la atención sobre el hecho de que los archivos medievales pueden seguir aportando noticias sobre un tema de no poco interés para el etnohistoriador y para el estudioso de la cultura gitana como es el de los primeros gitanos que llegaron a la Península Ibérica.

NOTAS

(1) JULIO CARO BAROJA, *Temas castizos*, Madrid 1980, págs 108-110, en el capítulo titulado "Los gitanos en cliché"

(2) JOAQUÍN ALBAICÍN, *En pos del sol Los gitanos en la historia, el mito y la leyenda*, Barcelona 1997, págs 105-110

(3) El arcedianazgo de Cea era una de las dignidades del clero de la Catedral de León (WALDO MERINO RUBIO, *León en el siglo XV: Tierras de León* 15 (1972) 13-62, concretamente pág. 39).

(4) MATEO BAUTISTA BAUTISTA – M^a. TERESA GARCÍA GARCÍA – M^a ISABEL NICOLAS CRISPÍN, *Documentación medieval de la Iglesia Catedral de León*.(1419-1426), Salamanca 1990, pág 155.

(5) JULIO CARO BAROJA, o. c., pág. 109.

(6) FELIX GRANDE, *De la remota India a Alcalá de Guadaíra*. Nota sobre la ruta de los gitanos: Cuadernos Hispanoamericanos 347 (1979) 296-307, concretamente págs. 302-303.

(7) LUIS VAZQUEZ DE PARGA - JOSE M^o. LACARRA - JUAN URIA RIU, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela,III*. Madrid 1949 (facsimil Pamplona 1992), doc. N^o. 8.

(8) JOAQUÍN ALBAICÍN, o. c., págs. 109-110.

(9) Se indica en un documento de 16 de mayo de 1427 que era bachiller en decretos (CESAR ALVAREZ ALVAREZ, *Colección documental del Archivo de la Catedral de León*. XII (1351-1474), León 1995, doc. 3448).



DE LA COMEDIA DE SANTOS A LA LEYENDA NEGRA

Fernando Herrero

Un espectáculo ejemplar es el punto de partida para proseguir mis reflexiones sobre el folklore de antaño y su recuperación, bien desde sus propias raíces o transformado en el tiempo. “La Colomba ferita”, llamada opera napolitana fue estrenada en 1670, con texto de Giuseppe Castaldo y música de Francesco Provenzale en Nápoles, por los alumnos del Conservatorio de la Pietá de Turchini. Se denominaba melodrama sacro y era lo que se ha llamado “Comedia de Santos”. La protagonista era Rosalía, Santa y no mártir, de Palermo, pero que fue muy venerada en Nápoles aun sin llegar a la obsesión por San Genaro y el milagro de la sangre. Perdida estaba esta hermosa partitura y su revisión por Enrico Baisano y Antonio Florio, así como la puesta en escena de Davide Livermore constituyen uno de esos milagros artísticos que sirven de ejemplo para todos.

Estas óperas napolitanas son una parte del folklore y de las tradiciones de la Ciudad del Vesubio. A la vez populares y doctas, sus representaciones constituían una fiesta para todos los públicos. Perdidas muchas de ellas, el trabajo de unos especialistas dramaturgicos y musicales las van sacando a la luz. Joaquín Díaz, director de esta Revista, a título personal y colectivo ha redescubierto textos, músicas, las ha interpretado, grabado, recogido en libros y cuadernos, tarea fundamental para preservar nuestra historia social y cultural, no siempre reconocida como se debiera.

Antonio Florio y su gente han realizado una extraordinaria labor musicológica centrada sobre todo en la ópera barroca napolitana. Todo un mundo desconocido se abre cuando en España podíamos hacer otro tanto. En el estupendo programa de la obra, hoy en los teatros de ópera cada uno de estos ya voluminosos libros nos ofrece trabajos especializados, Esther Borrego examina las Comedias de Santos en nuestro país y de su ascensión por Lope, Tirso, Calderón y tantos otros, aunque debían de preexistir. Curiosamente existe una titulada “La mejor flor de Sicilia, Santa Rosolea” de Agustín de Salazar y Torres, con el mismo personaje de “La colomba ferita” y con situaciones al menos paralelas.

Estas comedias tenían un gran éxito de público en España e Italia, eran propiciadas por la Iglesia y las Ordenes religiosas (en Nápoles la influencia de los Jesuitas fue grande y formaba parte del acervo popular., Santos y santos, muchos desconocidos, eran vertidos en hagiografías musicales y dramáticas. Provenale incluso, dedicó otra de sus mejores óperas a Teresa de Avila. No había pues, fronteras, sino estilo, estética peculiares. ¿A nadie se le ha ocurrido propiciar una representación de “La Fenice d’Avila Teresa de Ciesu”?

Ni siquiera en las conmemoraciones se tiene un poco de originalidad. Lástima.

Lo importante, con todo, no es la recuperación histórica, sino la plasmación actual. Todas estas reflexiones surgen al socaire de una representación de “La colomba ferita” en el Teatro de la Zarzuela de Madrid, ahí esta la obra, íntegra, una quincena de espléndidos músicos con orquesta de instrumentos originales, todos los personajes históricos y simbólicos de la trama, amén de la pareja cómica que canta en dialecto napolitano. No se trata empero de una reconstrucción arqueológica, sino de una verdadera recreación que une lo actual con el pasado, a través de una puesta en escena crítica pero no irrespetuosa, irónica pero sin romper el encanto de lo hagiografico. Vital en la propia fuerza de origen y en la interpretación que realizan unos artistas de hoy. Frescura, espontánea, asimismo trabajada hasta el detalle. Todos cantantes, músicos, escenógrafos, mimos etc. son un equipo profesional. Un modelo que no hace concesiones pero que mantiene el divertimento, que siendo ingenuo, tiene muchos subtextos que mostrar.

El amor divino frente al amor humano. Rosalía ama a Jesús casi físicamente, el erotismo de nuestros propios místicos, el orgasmo espiritual. Al final triunfará frente a la familia, el rey, el prometido, la propia figura del demonio o la reticencia de la Virgen María. Morirá en el Eros como Isolda, igualmente virgen. Será santificada y alabada por sus milagros ante la terrible plaga de la peste. El triunfo de la santidad y la proclamación jubilosa de su gloria.

Ironía que roza, en el montaje, con la subversión. Cristo se acuesta al lado de ella sin ninguna implicación sexual directa pero si afectiva. La Virgen y Jesucristo no cantan directamente, lo hacen desde un lado del escenario, pero su mímica responde a esa catarsis de lo espiritual cuando se transfieren los sentimientos humanos. Así, la puesta en escena actualiza e interpreta desde nuestra propia época, sin modificación alguna de su texto o música, una historia de santos que en Nápoles se expresara a través de la ópera. Que el público disfrute de un hecho artístico de calidad, nos indica las posibilidades existentes en el rescate del material artístico de nuestro pasado, absolutamente ignorado. “Las edades del Hombre” por ejemplo, han permitido sacar a la luz partituras muy interesantes, aunque no se ha completado el ciclo en forma semejante a la extraordinaria labor de Antonio Florio y su gente, plasmado en una representación escénica y musical, que forma parte de lo más importante de esta temporada cultural.

Respeto y renovación a la vez. Sicilia y Nápoles del pasado, reflejados coherentemente en el presente. El folklore renacido sin perder sus raíces.

De la “Comedia de Santos” a la historia, a la leyenda negra en una de las obras más densas y bellas de Giuseppe Verdi, hoy en plena conmemoración del Centenario de su muerte. En “Don Carlo” es nuestro propio pasado el que sale a la luz. Historia, con minúsculas podríamos señalar, porque tanto el texto dramático de Schiller como las versiones francesa e italiana de la ópera verdiana dejan bastante que desear en la fidelidad y rigurosidad de lo histórico (esta vez con mayúsculas). El autor alemán y los libretistas de Verdi no son, desde luego, muy escrupulosos a la hora de documentar sus propios personajes y la época en que vivieron. Se opera, pues, una transformación de lo documental por lo folklórico (si así se puede considerar la visión torcida de la leyenda negra, no exenta empero de unas cuantas verdades que no pueden en absoluto ser negadas).

Nos preguntamos, pues, sobre la viabilidad dramática de unas obras cuyos datos históricos no son rigurosos. El caso de “Don Carlos” es emblemático: la leyenda ha influido la literatura dramática. Schiller y su texto teatral, y éste, a su vez, ha hecho nacer la ópera verdiana. Los personajes de ficción han sobrepasado a los históricos, y los intentos de poner en pie la verdad, lo que ha ocurrido en los Centenarios de Carlos V y Felipe II son una valiosísimo sustrato para los especialistas, pero en nada cambiarán esa vida nueva que la obra teatral y sobre todo la ópera les han conferido.

Resulta curioso que la reflexión ante las comedias de Santos o las leyendas que se superponen a la historia surjan desde la representación de espectáculos operísticos. Hugo de Ana, el director de escena, escenógrafo y figurinista de la ópera de Verdi elige una opción historicista matizada por la estética, después de un estudio pormenorizado documentalmente. Así, la bellísima plástica de Yuste o el Escorial, en los diversos espacios tiene claras referencias de aquel tiempo, lo que contribuye a una específica credibilidad. Los deslumbrantes vestidos, por ejemplo, en todo diferenciados desde cada uno de los personajes, la escenografía de interiores y exteriores sitúan el tremendo drama individual y colectivo en el que todos los personajes fracasarán. Así no importa que este Felipe II de la ópera se corresponda con el histórico (¿acaso podemos saber cómo fue en realidad ese monarca?), sino la fuerza dramática de un personaje que es complejísimo y al que Verdi concede la más bella aria para bajo jamás escrita en la que se barajan todos los conflictos del hombre: el amor, los celos, la paternidad, la soledad del poder, la lucha contra los “herejes” o sea los diferentes... A su lado, como figura de ficción el Marqués de Posa representa el idealista a la vez utópico y fiel, el Infante, la debilidad que intenta, sin el menor éxito, superarse, el Gran Inquisidor, el fanatismo de una concepción de la Iglesia y la religión, Isabel de Valois, el sacrificio personal, la Princesa de Eboli, la fuerza de la pasión, el presentimiento y el tardío arrepentimiento.

La leyenda, pues, sirve de cobertura perfecta al planteamiento de los conflictos individuales y colectivos. Aunque se trate de personajes históricos, este aspecto resulta secundario. El mecanismo de la obra teatral y luego de la ópera, esta vez matizado por la música y el canto funciona magníficamente y obliga al espectador atento a ir detrayendo toda esa maraña de relaciones que proyectan lo humano y lo social en todas sus implicaciones. A pocas obras les es dado integrar con precisión y riqueza los conflictos colectivos y los individuales, a la hora de la verdad muy cercanos. Es el “todo mundo” lo que revela “Don Carlo” en lo humano, totalmente humano. A su lado el “Parsifal” de Wagner, esta vez basado en una leyenda, la del Santo Grial, que prescinde precisamente de este aspecto para entrar en una morbosa espiritualidad que rechaza el sexo y que se proyecta en estos caballeros exangües cuyo jefe está herido eternamente por la culpa, hasta que el joven loco recupera ese misticismo degradado. Dejando aparte la genialidad de las partituras de Wagner y de Verdi, me inclino firmemente por esta última, con o sin leyenda negra.

Este hecho teatral desvela dos mecanismos que se encuentran en la historia de la humanidad y se repiten en todos los momentos y situaciones en los países de mayores diferencias geográficas, sociales o religiosas. El ejercicio del poder y su conflictividad entre la ética y la pragmática, el fanatismo religioso o nacionalista, la opresión del poderoso sobre los débiles, la intransigencia y la destrucción del “otro” como comportamiento habitual son noticia diaria. “Don Carlo” prescindiendo de la tipicidad y veracidad histórica de sus personajes en una perfecta radiografía de estas tensiones sociales y colectivas, sabiendo además proyectar los conflictos individuales en la trama global que refleja un mundo, una época, completamente trasladable a cualquier otra.

Así, desde la música y el canto que hacen más asumible el discurso, las representaciones de esta ópera verdiana en unas fechas conmemorativas tienen asimismo la paradoja de ser limitados al público que llena diez fechas el Teatro Real, a precios que no están al alcance de todos los bolsillos. Mientras las nefastas televisiones públicas que programan series mediocres, concursos para subnormales y películas, esta vez excepcionalmente con títulos de interés pero que prescinden de la cultura casi por completo, incluso retrocediendo en algunas conquistas. La ópera, el ballet, la escena, cuyos mejores testimonios podrían conservarse se convierte en la concreción de lo efímero.

La representación del pasado, de la memoria de los tiempos se hace realidad en el arte. Estos dos ejemplos recientes muestran la integración del pasado en el presente, de la posibilidad de recuperación y vivificación de hechos culturales dormidos, como en el caso de “La colomba ferita” o simplemente apartados como el “Don Carlo” verdiano. Las connotaciones cronológicas son, a estos efectos, determinantes. Las conmemoraciones de

Carlos V y Felipe II han posibilitado Exposiciones, Congresos y Publicaciones que han tratado de profundizar en la historia, en la sociedad, en la personalidad de estos monarcas. “Don Carlo” desde la leyenda, como ocurriera

con “Ernani” los retrotrae el teatro, la música como componentes de un presente que se magnificencia del espectáculo del Teatro Real transformaba en suceso, desgraciadamente vedado para la inmensa mayoría.



RELIGIOSIDAD POPULAR EN SILOS Y SU COMARCA

(3ª parte)

Domingo Represa Fernández

Semana Santa

La Semana Santa en la comarca de la Cervera se desarrolla, como en otros muchos núcleos rurales de nuestra comunidad, dentro de un ambiente de recogimiento y enmarcada en unas celebraciones modestas en su desarrollo pero llenas de intensidad en su sentido.

Con anterioridad a la Semana Santa y desde el Miércoles de *Ceniza*, la religiosidad popular se manifiesta tanto de forma íntima como privada. El ambiente que se vivía en estas fechas en épocas pasadas lo resume el Boletín de Silos:

“La Cuaresma. Pasó la Cuaresma con su acostumbrada serie de ejercicios piadosos, sermones, rosario, doctrina, calvario, interrumpida alguna vez por las pocas fiestas de esta época” (1).

Al igual que en muchos puntos de nuestra geografía, existe en la zona la creencia de que el *Domingo de Ramos* se debe estrenar alguna prenda de ropa, pues ello nos dará suerte para el resto del año. En el día de *Ramos* se bendicen las palmas y ramos que luego permanecerán en los hogares hasta el año siguiente como vigorosos símbolos de protección. Las celebraciones de este día no han sufrido variaciones con el paso de los tiempos. Aunque en la mayoría de las aldeas y pueblos comarcanos los actos del *Domingo de Ramos* no tienen la espectacularidad de Silos, su sentido y desarrollo son similares. Veamos, sin embargo, cómo narra el cronista del *Boletín* la celebración primera de la Semana Santa de Silos:

“La Semana Santa se presentó con todos sus conmovedores aniversarios. En el día de Ramos acudieron a la Iglesia los fieles para presenciar las dos extraordinarias celebraciones del día. Todos querían recibir del padre Abad las palmas y ramos y ostentarlos en la solemne procesión por el claustro. Todos querían oír también el canto imponente de la Pasión” (2)

Hasta los años 70 se guardaba una estricta regla de comportamiento durante los días centrales de la Semana Santa. Esta consistía en la prohibición de cantar, silbar, poner música y, en general, manifestar signos de alegría a partir de la tarde del *Miércoles Santo* hasta el *Sábado de Gloria*. En los hogares, estaba prohibido comer carne desde la tarde del *Jueves Santo* hasta la doce de

la noche del *Viernes Santo*, recomendándose igualmente el ayuno (3).

El *Miércoles Santo* presenta en la comarca un muy escaso valor etnográfico en sus actos. Solamente destacaremos al respecto que en Silos ese día tiene lugar el canto de las *Lamentaciones*, tras las vísperas.

Los tres días centrales de la Semana Santa concentran, por el contrario, multitud de aspectos de interés para nuestros objetivos. Comencemos, pues, con el primero de estos días: el *Jueves Santo*. Durante la misa pontifical, en la cual comulgan las autoridades, y en el caso de Silos toda la comunidad monástica, se celebra en algunos pueblos el ritual del *Mandato*, en el que el oficiante lava los pies a trece personas del pueblo. En Silos, es el Abad quien ejecuta este acto de sumisión y humildad. El *Boletín* da cuenta del ritual en 1899.

“El Jueves Santo, la misa pontifical con la comunión Pascual de toda la Comunidad y las autoridades del pueblo, la procesión del Santísimo Sacramento y otra procesión por las calles en la tarde, y las visitas de día y noche al monumento. Por la tarde también el Mandato, en el que el padre Abad lavó los pies a trece pobres; no hubo sermón en la Iglesia, pero lo reemplazó uno de los pobres en el refectorio, después de la comida que se les sirvió, sorprendiéndonos muy agradablemente el tío Fernando Santamaría, que hacía de San Pedro, recitando de memoria toda la Pasión del Señor según San Juan, y otras varias cosas” (4).

En los estatutos de la cofradía de la Vera Cruz de Hacinas (1874) se reglamenta de forma muy rigurosa la celebración penitencial del *Jueves Santo*. El texto que presento a continuación ha sido recogido de la obra *Hacinas*: (5)

“El Jueves Santo, después de las tinieblas; todos los hermanos de disciplina se juntan en la casa de consejo con sus túnicas y azotes para ir a la procesión. Todos han de estar confesados y comulgados; visten una caperuza con un pequeño agujero para los ojos; tras el que ocultaban su identidad, una capa de áspero sayal negro sobre sus hombros y llevan descubiertas espaldas y riñones. Portan una disciplina, especie de madeja de hilo grueso semejante a la cola de un caballo para azotarse. Los hermanos de luz llevan teas para

dar claridad a la negra oscuridad de la noche. Después de haber escuchado la plática de disciplina en la iglesia y precedidos de la imagen de Cristo de la Vera Cruz, salen hacia la ermita y siguen hasta Santa Lucía siguiendo las estaciones del Calvario, regresando al consejo, donde curan sus heridas con vino y sebo, toman una colación y regresan a la iglesia a dar gracias a Dios”.

El Viernes Santo, la aldea de Peñacoba, a principios de siglo, celebraba la *Pasión de Jesucristo* mediante una representación dramática del *Descendimiento* ejecutada por sus vecinos. La descripción de esta dramatización la he recogido del Boletín de Silos, correspondiente a 1905.

“*Descendimiento de la Cruz en Peñacoba. Viernes Santo. Piadosa y conmovedora función del descendimiento. Tomaron parte unas 50 personas.*

1ª parte. Despojaron al Señor de todos los instrumentos de la Pasión y descenderle del árbol de la cruz, para ir exponiendo todo ello a los pies de la Dolorosa y luego venerarlo.

2ª parte. Procesión. La abrían dos soldados romanos montados a caballo, y tras ellos los hebreos, los apóstoles; las catorce estaciones del *Vía Crucis*; Salomón, David y el anciano Abraham con cuchillo y juego en las manos e Isaac con un hacecillo de leña; luego un Nazareno cargado con pesada cruz y un grupo de penitentes, encapuchados y cubierto el rostro: la Fe, la Esperanza y la Caridad; el ataúd con el cuerpo del Señor, al que seguían las tres Marías.

3ª parte. Se recorren eras y calles, cantando cada grupo sus cánticos y los ministros del Señor el *Miserere*, hasta llegar al punto destinado para sepultura de Jesús” (6).

El *Viernes Santo*, día de la muerte de Jesucristo, se conmemora en la comarca a través de diversos actos. Aunque la práctica del *Vía Crucis* tiene lugar en algunos pueblos durante todos los domingos de Cuaresma, lo normal es que se celebre este día por la mañana. En algunos sitios, el *calvario* se encuentra en el interior de la iglesia o en sus alrededores y consiste en unas modestas cruces negras pintadas en los muros o columnas del templo. En otros pueblos, la categoría de los *calvarios* se ensalza mediante pequeñas esculturas que representan los diversos momentos que padeció Jesucristo en su conducción al monte donde sería crucificado. Hay pueblos, como Tejada, donde el *Vía Crucis* va “a parar” a una cruz blanca situada en la entrada del pueblo. Por último, en Silos el *calvario* se compone de unas notables cruces de piedra situadas alrededor de la ermita de la Virgen del Camino que se alza en un pequeño monte en el pago conocido como San Juan, a las afueras del pueblo. El *Vía Crucis* can-

tado por los vecinos de la comarca encuentra en su melodía sencilla un marco adecuado donde meditar sobre la *Pasión de Jesucristo*. Solamente he encontrado una versión del mismo que se corresponde con la tradicional de otras zonas de Castilla, por lo que no veo necesario transcribirla íntegramente.

En Silos, el *Vía Crucis* es coincidente con la procesión de la *Carrera*, aunque lo normal en la comarca es que dicha procesión se celebre la tarde del *Viernes Santo*, tras los oficios religiosos. La *Carrera* se desarrolla en todos los pueblos de manera similar: abre la procesión el párroco del lugar escoltado por los monaguillos; tras él, los hombres del pueblo, parte de los cuales llevan en andas la imagen de la Madre de Dios vestida de riguroso luto y la de su hijo Jesucristo. Cerrando la comitiva, desfilan las mujeres y niños. La procesión parte de la iglesia, recorre las principales calles de la población, desemboca en una era o lugar situado en las inmediaciones del pueblo y regresa al templo. El nombre de esta procesión proviene del principal canto que se entona durante la misma: los versos compuestos por Lope de Vega para describir la despedida de Cristo de su Madre Santísima. Durante su interpretación, un verso es cantado por los hombres y el siguiente por las mujeres. Junto a esta composición se cantan diversas canciones, algunas de ellas populares y muy arraigadas en la comarca. Por su belleza y expresividad, transcribo la titulada *La Madre Dolorosa*, igualmente original de Lope de Vega. Esta composición se cantaba la noche del *Viernes Santo* en Hacinas en un marco de antorchas y luminarias que potenciaban el dramatismo de sus versos. También la he podido escuchar en Silos y en Santibáñez del Val durante la procesión de *La Carrera*.

La Madre Dolorosa

La Madre estaba llorosa,
junto a la Cruz dolorosa,
do su buen Jesús pendía.

Y a su corazón amante,
el filo más penetrante
de aguda espada afligía.

¡Oh, qué triste, que angustiosa
la Madre de Dios estaba,
casi muerta de dolor!

¿Quién no se contristaría
si contemplara a María,
testigo de su aflicción?

Por los pecados del mundo,
con dolor el más profundo,
vio a Dios bajo tal rigor.

Viole herido y azotado,
viole el más desamparado,
sin figura ni color.

Madre, pues, fuente de amores,
haz que sienta tus dolores
y no me aparte de ti.

Que ame a Jesús, y al amarle,
el querer siempre agradarle
sea mi objeto y mi fin.

Santa Madre, esto en mí hagas
de Cristo fija las llagas
en mi duro corazón.

Y que este Jesús tan santo
que por mí padeció tanto,
fije toda mi atención.

Haz que yo contigo llore,
que con Jesús sólo more
por toda la eternidad.

Y que estar siempre afligido,
llorando siempre contigo,
haga mi felicidad.

Virgen de vírgenes pura,
no para mí seas dura:
haz que comience a llorar.

Cargue en mí la triste suerte.
De Cristo la amarga muerte,
lloraré yo sin cesar.

Haz de su muerte mi vida,
de su hiel haz mi bebida,
mi remedio universal

Quede mi alma curada,
de amor de Dios inflamada,
por toda la eternidad.

Sea, pues, la cruz mi prenda,
arma que a todos defienda
del enemigo inmortal

Cuando nuestra vida acabe,
todo espíritu te alabe
en la Patria celestial.

La procesión del *Santo Entierro*, desaparecida en casi todos los pueblos de la comarca, es especialmente conmovedora en Hacinas. De Juan de Abdón conservamos una breve y meritoria descripción de la misma (7):

“Al anochecer del Viernes Santo se celebra la procesión del Santo Entierro.

Un grupo de mozos, y algunos de los que lo fueron, se preparan a la salida de la iglesia para cantar las letanías de Lope de Vega a la Pasión de Jesucristo. Hasta los años cincuenta, aproxima-

damente, existía en la parroquia con cierto vigor, la cofradía del Santo Entierro, que promocionaba esta procesión.

Repartía a los cofrades velas de cera amarillenta, que llevaban encendidas durante la procesión. El presidente de la cofradía acompañaba al sacerdote durante la misma con una cruz de madera en la mano en forma de bordón.

Entonces, y ahora, desde el comienzo hasta el final de la procesión, se oyen vibrantes las voces recias de los mozos que van desgranando en dos coros alternativos las maravillosas letrillas, a la luz de las linternas, con esta reiterativa, solemne y bella melodía.

En el doloroso entierro
de aquel justo ajusticiado
que por culpas y no suyas
quiso morir en un palo.

Las campanas clamorean
de los sensibles peñascos,
que es bien que las peñas hablen
en tan lastimoso caso.

Viste el sol bayeta negra
y la luna, monjil basto,
capuces, la tierra y cielo,
que son del Muerto criados.

La noche cogió de luto
las paredes del Calvario,
y el templo pesar mostró
sus vestidos rasgando.

Las hachas son amarillas,
que los celestiales astros,
como vieron su luz muerta,
amarillos se tornaron.

Para amortajar el cuerpo
dio piadoso cortesano
de limosna una mortaja,
de su inocencia retrato.

Hizo la madre el acetre
de sus ojos lastimados,
derramando agua bendita,
el “Pater Noster” rezando.

Con olorosos ungüentos
ungen el cuerpo llagado,
de los vasos de sus ojos
mirra amarga destilando.

Llevan al difunto Dios
en los dolorosos brazos,
con lamentables suspiros
tristes lágrimas llorando.

Llegan al sepulcro ajeno,
y fue pensamiento sabio,
que, para sólo tres días,
basta un sepulcro prestado.

Alma, ven a las exequias
de Jesús, tu enamorado,
que yace por tus amores
muerto, herido y desangrado.

Mira sin luz a la luz,
sin vida, al que te la ha dado,
condenado, el Salvador
por salvar al condenado.

Mira aquestos rojos pies
y aqueste cuerpo azotado,
mira este rostro escupido
y este pecho, alanceado.

Yo te perdono mi muerte
como llores tus pecados,
que estoy para perdonar,
aunque muerto, no cansado.

Cesen ya las sinrazones,
alma, basta lo pasado,
que será hacer de tus yerros
otra lanza y otros clavos.

Acábense con mi muerte
tus culpas y mis agravios,
porque es ofender a un muerto
de corazones villanos.

De tus culpas y mis llagas
los dos quedaremos sanos,
si derramares sobre ellas
mirra de dolor amargo.

Alma, mis heridas cura
con este bálsamo santo,
y las tuyas, que tú hiciste,
las podrás curar llorando (8)

Los oficios litúrgicos del *Viernes Santo* destacaban por el acto final con el que concluían: las *Tinieblas*. Con la oscuridad de la noche, las *Tinieblas* consistían en apagar todas las luces del templo durante unos minutos y hacer sonar insistentemente las carracas. Esta impresionante imagen era rota cuando el coro de fieles y oficiantes entonaba el *Miserere* y el canto, en castellano, del *Stabat*. En este ceremonial del *Viernes Santo* también se adoraba la *Santa Cruz*. En Hinojar y algunos otros pueblos de la comarca, las celebraciones de este día contaban con una procesión denominada *de los faroles*, en la cual la comitiva era acompañada por la luz de las antorchas.

De la pequeña aldea de Hortezuelos, perteneciente al municipio de Silos, el Boletín de Silos

nos ofrece una curiosa información etnográfica y sociológica sobre el desarrollo en ella de la Semana Santa.

“La Semana Santa en Hortezuelos. Todos toman la Bula de martes a domingo. Todos rezan el Rosario por la noche en familia, confiesan y comulgan.

Las funciones de tinieblas del jueves, viernes y sábado se realizaron con orden y recogimiento (9).

Jueves Santo. Durante los oficios se lavaron los pies a doce niños. El Viernes por la noche hubo la procesión del Santo Entierro con luces e iluminación de todas las casas, y a continuación las tinieblas. El Sábado santo, los fieles de este pueblo reciben el agua bendita y la beben en la iglesia con fe viva.

Allí está resuelta la cuestión social. No hay pobres porque no hay holgazanes, no hay borrachos ni escándalos. Es que los padres velan por sus hijos, y éstos suelen respetar a sus padres. Es que las autoridades velan y no se descuidan. Harmonía perfecta reina entre el Sr. Cura, el Sr. Alcalde y el Sr. Maestro. Desde hace veinte años que vivo en esta comarca he visto a tres curas en Hortezuelos: no he oído decir que haya habido la menor contienda entre el párroco y el pueblo (10).

Pero no he dicho todavía, amados lectores, la maravilla que encontré allí. Una cosa rara, que casi nunca he hallado en mi vida de 64 años, ni en Italia, ni en Francia, ni en España. He hallado un sacristán que sabe callar en la iglesia, que no habla sino (sic) en voz baja, no sólo con el señor Cura, pero también con los monaguillos (11). El sacristán Baltasar Moreno todo lo hacía en silencio y con esmero” (12)

En Hortezuelos se conservan una serie de cantos propios de la *Pasión* que hasta la década de los 70 eran interpretados por las mozas del lugar a lo largo de los diversos oficios del Jueves y Viernes. En la actualidad, puesto que su memoria no se ha perdido, se cantan alguno de ellos si la presencia de mujeres es suficiente. Pude recoger algunas muestras de este repertorio en septiembre del año en curso gracias a la colaboración de la señora Juliana Camarero Andrés, su hija Isabel Alameda Carazo y una anciana señora de quien desgraciadamente no conozco su nombre.

Los Mandamientos

En breve quiero explicar
De la Pasión los excesos,
Y para mejor decir
Vamos por los mandamientos.

En el primero fue Judas,
cuando aquel manso Cordero
lo vendió por treinta reales;
luego le entregó en el huerto.

En el segundo, los judíos
en el huerto le prendieron
y con grande griterío
en la cárcel le metieron.

En el tercero, la Junta,
que de la Junta salieron,
manda que le crucifiquen
y que le azoten primero.

En el cuarto, a una columna
le amarraron como reo;
le dan cinco mil azotes
y lo demás que no cuento.

En el quinto, cantó el gallo
Cuando le negó san Pedro;
tirándole de la barba,
cien bofetadas le dieron.

Le sacaron a un balcón,
con púrpura y cañas puestas,
y una corona de espinas,
le pusieron en el sexto.

En el séptimo, la cruz
sobre sus hombros pusieron,
y como era tan pesada
con ella cayó al suelo.

En el octavo, el Calvario,
Cuando Simón Cirineo
le ayudó a llevar la Cruz
porque llegara más presto.

En el noveno, tres clavos:
ya están hechos los barrenos;
le clavan de pies y manos,
descoyuntando los huesos.

En el décimo, expiró
y vino Longinos luego,
y le dio una gran lanzada
y el costado dejó abierto.

Y de él salió sangre y agua;
tres días después de muerto
fue a sacar los Santos Padres
que estaban en cautiverio.

Si quieres saber, cristiano,
de estos diez mandamientos,
el doctor que los compuso:
fue Cristo, redentor nuestro.

De los *Mandamientos* existen versiones algo sensuales que, utilizando la misma estructura que el poema original, se entonan para ensalzar los amores de un joven hacia la moza por él pretendida. Una versión de este tipo de

Mandamiento me fue recitada por un vecino de Hinojar:

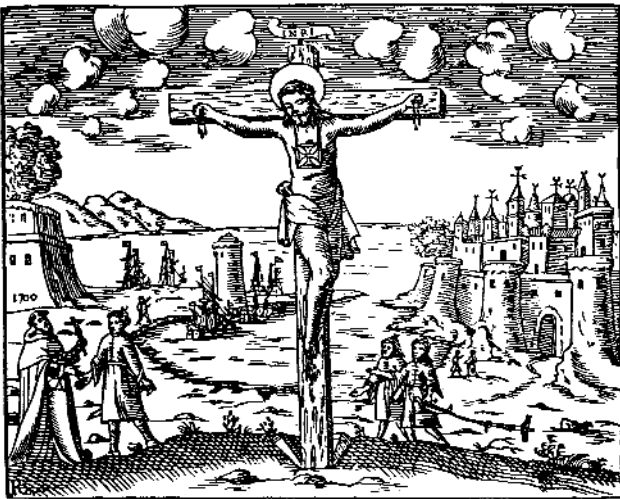
Fulana, los mandamientos
aquí te voy a cantar.
Si los quieres aprender,
bien los puedes escuchar.
En el primer mandamiento
me mandan que yo te ame,
más que a mi vida te quiero,
aunque la vida es amable.
En el segundo he jurado,
con más de mil juramentos,
el no olvidarte jamás
ni sacarte de mi pecho.
El tercero es la misa.
Nunca estoy con devoción,
siempre estoy pensando en ti,
prenda de mi corazón.
En el cuarto he perdido
a mis padres el respeto:
sólo por hablar contigo,
en público y en secreto.
En el quinto no he matado
a ninguno, vida mía.
Si otro galán te gozara,
no se yo lo que le haría.
En el sexto no he gozado
mujer en toda mi vida.
Sólo te deseo a ti,
Prenda del alma mía.
El séptimo, no hurtar.
No he hurtado nada a nadie.
Sólo por venir a verte,
algunas veces a mis padres.
El octavo, no he quitado
la fama a ningún hambre,
y sólo a ti te he amado
por ese bendito nombre.
El nono, no he deseado
mujer en toda mi vida.
Sólo te deseo a ti,
prenda del alma mía.
El décimo, no deseo
de ninguno yo los bienes,
no hay bienes en este mundo
mejores que los que tienes.
Señora, estos mandamientos
están hechos para amar.
Si los quieres aprender,
los has podido escuchar.

Y esta otra, por Isidoro Alamo, *El Rubio*, labrador jubilado de Santibáñez del Val:

El primero, amar a Dios:
no le amo con devoción
sólo de pensar en ti,
prenda de mi corazón.

El segundo, no jurar:
yo juré más de tres mil juramentos,
todo por ver si me dabas
palabra de casamiento.
El tercero es oír misa.
No lo hago con devoción,
sólo estoy pensando en ti,
prenda de mi corazón.
El cuarto, honrar padre y madre:
el respeto les perdí,
el respeto y el cariño
sólo te los tengo a ti.
El quinto es no matar
a ninguno, vida mía,
pero si otro hombre quisieras,
entonces, no sé que es lo que haría
Señorita del balcón
quítese y póngase al centro,
que hace pecar a los hombres
en el sexto mandamiento.
El séptimo, no hurtar,
no quitarle nada a nadie,
pero a mí me la levanta
la criada del Alcalde.
El octavo, no levantar
falsos testimonios a nadie,
pero a mí me los levanta
la criada del Alcalde.
El noveno, no desear
a ninguna ajena mujer,
sólo te deseo a ti
y tú mismita has de ser.
Estos diez mandatos santos,
todos se encierran en dos:
que nos lleven a la iglesia
y nos den la bendición.

Los dos siguientes cantos, destacan por su patetismo y profundidad y por la riqueza léxica en ellos empleados. (13)



El Arado

El "Arado" contaré,
de piezas lo iré formando,
y de la Pasión de Cristo,
palabras iré explicando.

El dental es el cimienta
donde se forma el arado,
pues tenemos tan buen Dios,
amparo de los cristianos.

La cama era la Cruz,
Cristo la tuvo por cama,
y al que siguiese su luz,
nunca le faltará nada.

El trechero que atraviesa
por el dental y la cama,
es el clavo que penetra
aquellas divinas palmas.

La telera y la chaveta
ambas dos hacen cruz.
Consideremos, cristianos,
que en ella murió Jesús.

La esteva es el rosal,
donde salen los olores;
María coge olores
de su vientre virginal.

La reja era la lengua,
la que todo lo decía:
¡válgame el divino Dios
y la sagrada María!

El pescuño es el que apremia
todas estas ligazones;
contemplemos a Jesús,
afligidos corazones.

Los orejeros son dos,
Dios los abrió con sus manos,
y significan las puertas
de la gloria que esperamos.

Las vilorias son de hierro,
Donde está todo el gobierno;
significan la corona
de Jesús el Nazareno.

Las hijas eran las gotas
de sangre que iba sudando,
desde la casa de Anás
hasta el monte del Calvario.

El timón que hace derecho,
que así lo pide el arado,
significa la lanzada
que le atravesó el costado.

La clavija que atraviesa
por la punta del timón,
significa que traspasa
los pies de Nuestro Señor.

El barzán es la saeta
que clavarón al costado
y la correa el pañuelo
con que sus ojos taparon.

El yugo será el madero
donde a Cristo le amarraron,
y las sogas los cordeles
con que le ataron las manos.

Los frontines son de esparto,
se los ponen a los bueyes,
y al buen Jesús maniataron
con sus ásperos cordeles.

Los bueyes son los judíos
que de Cristo iban tirando,
desde la casa de Anás
hasta el monte del Calvario.

Los collares son las fajas
con que le tienen fijado.
Los cencerros los clamores
cuando le están enterrando.

La azuela que el gañán lleva
para componer su arado,
significa el martillo
con que remachan los clavos.

El gañán, el Cirineo,
él que a Cristo ayudaba
a llevar la Santa Cruz,
de manera tan pesada.

Las toparras que se encuentra
el gañán cuando va arando,
significan las caídas
que dio Cristo en el Calvario

El curso que el gañán lleva
por medio de aquel terreno,
significa el camino
de Jesús el Nazareno.

La semilla que derrama
el gañán por aquel suelo,
significará la sangre
de Jesús el Nazareno.

La hijada que el gañán lleva,
agarrada de la mano,
significará las varas
con que a Cristo azotaron.

El agua que el gañán lleva,
metida en el botijón,
significará las hieles
que le dieron al Señor.

Ya se concluye el “Arado”
de la Pasión de Jesús;
supliquemos a María
que nos dé su gracia y luz.

Ya se concluyó el “Arado”
de Cristo, Nuestro Señor,
que le han cantado las mozas,
Jueves Santo, en la Pasión.

La Baraja

Tú que juegas a las cartas,
nunca pienses en ganar.
Piensa en las cosas de Dios
y verás como te va.

Al principiar este juego,
yo considero en el As
que no hay más que un solo Dios
y en El no puede haber más.

En el Dos yo considero,
aquella blanca belleza,
que siendo el Verbo encarnado
sólo hay dos naturalezas.

En el Tres yo considero,
ésta si que es cierta y clara,
las tres personas Divinas
de la Trinidad Sagrada.

En el Cuatro considero
lo que veo desde lejos,
cosa que manda la Iglesia:
rezar los cuatro Evangelios.

En el Cinco considero,
y siempre considerando,
las cinco llagas de Cristo
de pies, manos y costados.

En el Seis yo considero,
como carta más hermosa,
la Muerte y Pasión de Cristo,
afligida y dolorosa.

En el Siete considero,
contemplo con alegría,
la Muerte y Pasión de Cristo,
los Dolores de María.

En el Ocho considero,
en el Arca de Noé,
aquellas ocho personas
que se salvaron con él.

En el Nueve considero
cuando la Virgen María
estuvo los nueve meses
en cinta y con alegría.

En el Sota considero
aquella mujer piadosa,
que con la toca limpió
a Jesús su cara hermosa.

En el Caballo contemplo,
corrido y avergonzado,

y privado de la gracia,
Adán caído en desgracia.

En el Rey yo considero,
contemplo cuál podrá ser,
siendo el Rey de Cielo y Tierra,
se ha obligado a padecer.

Las cartas de la baraja
ya las tengo explicadas,
y la Pasión de Jesús
no dejes de contemplarla.

Bien sabes tú que a los naipes
se juega de varios modos,
y en la Gloria que esperamos
¡allí nos veamos todos!

El *Sábado de Gloria*, aunque por la hora de su inicio habría que decir más correctamente el *Domingo de Resurrección*, tiene lugar el oficio más largo y variado de todos cuantos se celebran a lo largo de la Semana Santa: la *Vigilia Pascual*. La primera parte de esta *Vigilia* consiste en la *bendición del fuego y la preparación del cirio pascual* (14). Una segunda parte está compuesta por la *liturgia de la palabra*, que alcanza su momento culminante con el canto del *Aleluya*, silenciado durante toda la Cuaresma. Por último, la *Vigilia* finaliza con la *bendición del agua bautismal y la bendición del Cordero Pascual*. Una tierna descripción de este último rito la encontramos en el Boletín de Silos.

“Finalmente se bendijo el Cordero, el cual, bien adornado con flores y cintas, y bien amestrado los días anteriores por uno de los hermanos, vino dócil hasta el pie del altar mayor, pasando por entre las filas de la gente, deseosa de verle” (15).

En la comarca es costumbre bautizar a los niños durante la celebración de la *Vigilia Pascual*. Esta práctica, no obstante, entraba en contradicción antiguamente con la premura que algunas familias se daban en bautizar a los recién nacidos que padecían alguna lesión o enfermedad grave.

“Antes no se esperaba al Sábado. No, porque había niños que morían al poco tiempo de nacer. Entonces, si la madre o el médico decían este niño no prospera, se miraba de bautizarlo cuanto antes. Si el niño moría y no había sido bautizado, se le enterraba en el otro cementerio, en el de los ahorcados” (16).

Las campanas anuncian el *Domingo de Resurrección* el final del duelo y luto de los días anteriores. En el pasado, los repiques y volteos se iniciaban a horas muy tempranas.

“La Pascua de Resurrección. Desde las dos de la madrugada, la sonora voz de las campanas saludaban la gloriosa Resurrección del Señor y con-

vocaban al pueblo a la iglesia para andar otra vez el Vía Crucis; cuyo piadoso ejercicio se concluía cuando llegaban los monjes al coro para Maitines a las cuatro. A las nueve y media se celebraba la Misa Mayor” (17).

El Domingo de Resurrección cuenta en la comarca con una bella procesión, denominada del *Encuentro de Jesús con su Madre*, que pone punto y final a las celebraciones de la Semana Santa. En la procesión, las mozas solteras del pueblo entonan una larga serie de coplas que anuncian a los fieles por la buena nueva y describen la alegría general de esta jornada. He podido contemplar esta procesión en Hacinas y recoger el texto íntegro de las coplas en Hortezielos.

Albricias de Pascua (Hacinas)

¡Oh, qué mañana de Pascua!
¡Oh, qué mañana de rosas!
¡Oh, que mañana de Pascua
ha amanecido, señoras!

No merecen ser de piedra,
Señora, vuestros caminos.
No merecen ser de piedra
sino de diamantes finos.

Mírale por donde viene
el Redentor de las almas,
todo vestido de blanco
con una banda encarnada.

¡Oh, qué gozo y qué contento!
Jesús viene hacia su Madre
a desechar la tristeza
que su corazón deshace.

Por allí viene Jesús
a visitar a su Madre.
Dejadle paso, cristianos,
y no impedáis que se abracen.

Hagan anchura, señores,
que pase el Verbo Divino
a saludar a su Madre,
que hace tiempo no se han visto.

Qué mañana tan alegre,
Jesús ha resucitado,
y con su angustiada Madre
en la calle se ha encontrado.

Quítale ese velo negro
a la Sagrada María;
quítale ese velo negro
y ponle el de la alegría.

Quítale ese manto negro
porque el luto ya ha pasado,
y no es justo que lo lleve,

pues su Hijo ha resucitado.
Regina coeli laetare
han cantado en las alturas;
también nosotras cantamos:
Regina coeli, aleluya.

Regina coeli laetare
alleluya, hemos cantado,
albricias, Virgen bendita,
que tu Hijo ha resucitado.

(Al coger las andas)

Levanta el vuelo, paloma,
de estas andas de madera;
levanta el vuelo, paloma,
vayamos hacia la iglesia.

(Al comenzar a andar)

Marchemos todos ahora,
marchemos todos al templo,
todos en gracia de Dios,
con alegría y contento.

Qué contentos pueden ir
Los jóvenes de este pueblo,
porque llevan en sus hombros
al Hijo del Padre Eterno.

Qué contentas pueden ir las
jóvenes de este pueblo,
porque llevan en sus brazos
a la Reina de los cielos

(Al llegar a la iglesia, antes de la procesión)

Ya hemos llegado a tus puertas
y de ellas no pasaremos,
si no nos da su permiso
esa Reina de los cielos.

Ya nos ha dado el permiso
esa Reina soberana
para entrar en su aposento
y llegar hasta sus plantas.

(Al tomar agua bendita)

Al tomar agua bendita,
lo hacemos con intención
de borrar nuestros pecados
con la mayor devoción.

(Al llegar ante la Virgen)

Hinquémonos de rodillas
ante esta imagen sagrada,
recemos una oración
para bien de nuestras almas.

¡Oh, qué triste está la Virgen!
¡Oh, qué triste y afligida!
Para hacer que se contente,
démosle los buenos días.

Ya estamos en tu presencia
y ya hemos visto tu trono
A tu hijo soberano
los días le damos todos.

(Al comenzar la procesión)

Salgamos todos del templo
con gozo y con alegría,
con Jesús salen los hombres,
las mujeres, con María.

Ya se han marchado los hombres
con Jesús el Nazareno.
Las mujeres, con María,
busquemos a su Hijo eterno.

(Fuera de la iglesia)

Esas lágrimas tan tiernas
que viertes por esos ojos,
quisiéramos recogerlas
y ponerlas en nosotros.

Ya repican las campanas
un melodioso clamor,
anuncian con alegría
que ha resucitado Dios.

¡Oh, qué mañana de Pascua!
¡Oh, qué mañana de rosas!
¡Oh, que mañana de Pascua
ha amanecido señoras!

(Al llegar a la iglesia, después de la procesión)

Estas puertas son de pino,
merecerían ser de oro,
pues por ellas sale y entra
este pimpollito hermoso.

(Dentro ya de la iglesia)

tengan muy felices pascuas
el señor cura el primero,
señores Alcalde y Juez
y todo el Ayuntamiento.

Tengan muy felices Pascuas
el público en general,
y los hijos de esta villa
de una manera especial.

Salga el señor cura, salga,
salga de la sacristía
a decirnos una misa
que así lo requiere el día.

Salga el señor cura, salga,
salga vestido de gala
a decirnos una misa
esta mañana de Pascua.

(Terminado el Evangelio)

Le damos los buenos días
al señor predicador.

Dios le dé salud y gracia
para decir el sermón.

(Al terminar el sermón)

Le damos la enhorabuena
al señor predicador,
que en esta villa de Hacinas
ha quedado con honor.

(Al terminar la misa)

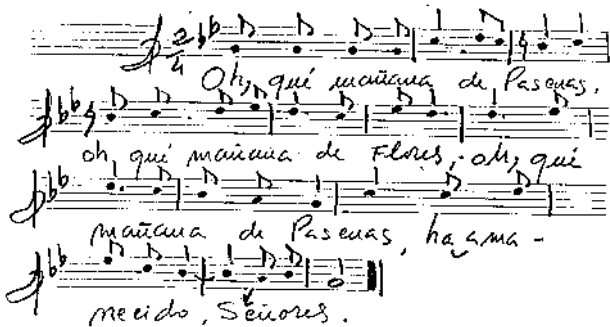
Damos gracias infinitas
a Cristo, Rey inmortal,
ya que terminó la misa
con toda felicidad.

(Despedida)

Mis compañeras me dicen
que eche yo la despedida.
Yo les digo que no puedo
Despedirme de María.

Mis compañeras me dicen
que eche yo la bendición.
Yo les digo que no puedo
despedirme del Señor.

Adiós todos, adiós todos.



Adiós que nos retiramos.
A la Virgen y a su Hijo
en el templo los dejamos.

Coplas para el Encuentro de Jesús con su Madre (Pascua de Resurrección)

(Hortezuelos) (19)

Entrad, compañeras mías,
entrad, si queréis entrar,
que aquí esta la Capitana
que venimos a adorar.

Tomamos agua bendita
mis compañeras y yo.
Hinquémonos de rodillas,
pidamos a Dios perdón.

En la casa de Dios entro,

donde Dios hizo morada,
donde está el cáliz bendito
y la hostia consagrada.

Consagrada está la hostia,
Consagrado está el altar,
consagrada está la losa
donde nos vamos a hincar.

Salga, salga señor cura,
Salga de la sacristía,
a echarnos un aspergus
y también un aleluya

Cojamos cuatro doncellas
estas andas con cuidado,
para llevar a María
en busca de su Hijo amado.

Ya repican las campanas,
ya sale la procesión,
ya sale la cruz de plata
y el encarnado pendón.

Levanta el vuelo, paloma,
de esa mesa celestial;
levanta el vuelo, paloma,
daremos la vuelta al lugar.

Estas puertas son de pino,
merecían ser de plata,
que por ellas entra y sale
esta palomita blanca.

¡Oh, qué doncella es la Virgen!
¿A dónde la llevaremos?
Hasta la plaza del pueblo,
donde a su Hijo encontraremos.

Ya no se conocerán
María con Jesucristo;
ya no se conocerán,
días ha que no se han visto.

Mírale por donde viene,
el Redentor de las almas;
viene vestido de blanco,
trae banda colorada.

Por allí viene Jesús,
aquí traemos su Madre;
hagan anchura, señores,
que pasen a visitarse.

Quita el luto mayordoma,
que es un luto muy pesado;
y no es digno que lo lleve,
que su Hijo ha resucitado.

¡Oh, qué mañana de Pascua!
¡Oh, qué mañana de flores!
¡Oh, qué mañana de Pascua
ha amanecido, señores!

Las Pascuas al señor cura

se las debemos de dar;
a la señora Justicia
y a to el pueblo en general.

Tengan muy felices Pascuas
el señor cura el primero,
alcalde, autoridades,
recibidlas todo el pueblo.

Afuera, afuera, señores,
afuera de la Carrera,
que la Sagrada María
se quiere pasear por ella.

Pascua de Resurrección,
Pascua de grande alegría,
Todas las aves del cielo
dan las gracias a María.

Pascua de gran alegría,
Pascuas de resurrección,
todas las aves del cielo
dan las gracias al Señor.

¡Oh, quién fuera tan dichosa!
Como son esas casadas,
regalaría a la Virgen
un collar de esmeraldas.

¡Oh, quién fuera tan dichosa!
Como son esas doncellas,
regalaría a la Virgen
un ramillete de perlas.

Cansada y rendida vengo
de subir la cuesta arriba,
pero vengo enamorada
de ver la Virgen María.

Estas puertas son de pino,
deberían ser de oro.
Que por ellas entra y sale
Jesucristo glorioso.

Ya hemos salido de misa
y comulgado también;
Dios nos dé salud y gracia,
y después la gloria, AMEN.

En muchos pueblos, el día de la *Pascua* se bendecían los *huevos pascuales* pintados de llamativos colores. También, las jóvenes que participaban en la procesión del *Encuentro* ofrecían una *cima* de rosquillas a la Virgen que luego rifaban entre los vecinos del pueblo tras la venta de unas papeletas.

El culto a los muertos

Hemos podido constatar a lo largo de la investigación cómo el recuerdo de los vecinos muertos está presente en la mayoría de las celebraciones que tienen lugar en los pueblos de la comarca.

Esta especial rememoración de los difuntos en la comarca se acentúa y magnifica en diversos rituales y fechas que voy a exponer en las próximas páginas.

Sin embargo, antes de emprender este cometido, conviene también hacer referencia al tratamiento que reciben por parte de la religiosidad popular los fenómenos de la agonía y la muerte.

Cuando un vecino se encuentra en una fase terminal de la enfermedad que le conducirá en breve a la muerte, la religiosidad cristiana recomienda una serie de acciones devotas para su alivio y consuelo. En la mencionada obra del padre Claret se indican cuáles, cómo y cuándo se han de administrar. Cotejadas todas ellas con la opinión de los vecinos de la comarca, no encontré en ellos disconformidad alguna con las palabras de Claret.

“Se ha de procurar que cerca de la cama del enfermo haya imágenes de Jesús crucificado y de María Santísima; y también un poco de agua bendita, para poder rociar alguna que otra vez su cama y su aposento (20).

Cuando el enfermo se halla muy malo, se procurará llamar a algún sacerdote para su consuelo y alivio; y si esto no es posible, a lo menos alguno de los asistentes debe dirigirle alguna breve pero fervorosa jaculatoria, pues así como en lo corporal se le asiste con alguna cucharadita de cordial y medicina; así conviene se le asista con alguna jaculatoria, sin cansar al enfermo.

Al tiempo de las jaculatorias, parientes y amigos se hincarán de rodillas delante de la Virgen y rezarán el Santo Rosario y las Letanías.

No se olviden los albaceas de cumplir las disposiciones testamentarias” (21)

El inminente fin de la vida de una persona se adivina en la comarca por una serie de señales inequívocas del fatal desenlace. Las manifestaciones de una muerte próxima son muy numerosas y la siguiente relación es sólo un resumen de las más citadas en los pueblos del espacio comarcal de Cervera.

Señales de la muerte próxima

Cuando falta el pulso o está intermitente. Cuando el enfermo tiene la respiración dificultosa. Cuando sus ojos están hundidos y vidriosos o más abiertos que de costumbre. Cuando su nariz está afilada y blanquecina en la extremidad. Cuando sopla como un fuelle. Cuando tiene el rostro pajizo, cárdeno y amoratado. Cuando tiene la frente bañada en sudor. Cuando su cuerpo coge

las hilachas y pelusillas de las sábanas. Cuando se le enfrían las extremidades.

Señales de muerte inminente

Cuando el enfermo tiene una respiración lánguida. Cuando le rechinan los dientes. Cuando le sobreviene una destilación a la garganta. Cuando emite un breve y débil gemido o suspiro. Cuando una lágrima le sale por sí misma y recorre su rostro. Cuando tuerce la boca, los ojos y todo el cuerpo. Cuando aúllan los perros de la casa.

Cuando la familia del moribundo supone que el enfermo va a morir en breve, solicitan del párroco su presencia para administrar al agonizante la extremaunción. Durante el recorrido del sacerdote, con el viático y la extremaunción, hacia la casa del desahuciado, el sacristán de la parroquia realizaba el toque denominado de *comuniión de enfermos*. Cómo se efectuaba este volteo nos es explicado por Lázaro de Miguel, sacristán y campanero de Hacinas:

“Se anunciaba con un largo repiqueteo de campana y se terminaba con fuertes campanadas al mismo tiempo” (22)

Cuando se producía el fallecimiento se tocaba a *difunto*. El mismo sacristán de Hacinas nos describe este toque:

“Este toque se ejecutaba con una campana pequeña a media vuelta y con un intervalo de segundos entre el sonido del medio volteo y la campanada de la mayor para que se oyera el tin-tan. Si el enfermo era hombre, tres clamores y si era mujer, dos, terminándose con tres badajazos para los hombres y dos para las mujeres con la campana mayor” (23).

En Santibáñez del Val, y en todos aquellos pueblos que contaran con la Cofradía de la Vera Cruz, *“cuando moría un cofrade, sus hermanos recorrían las calles del pueblo haciendo sonar una campanilla y dando cuenta al vecindario del fallecimiento y de la hora del entierro” (24).*

Las campanas de la parroquia avisan al vecindario del momento en que habrían de iniciarse los funerales y el entierro del finado. En esta ocasión, la información proviene de Román Alamo, encargado de los toques de campana en Silos:

“Los entierros se anuncian con media vuelta de la campana pequeña, luego un volteo del esquilín y se termina con un clamor. Cuando el muerto era pequeño, menor de siete años, se tocaba los esquilines con un repiqueteo muy especial, muy acompasado”.

Tras los actos religiosos en la iglesia, todo el vecindario, o al menos un representante de cada casa, acude al cementerio donde se habrá dar se-

pultura al cadáver. Durante el trayecto, se entonan diversos cánticos religiosos oportunos para el momento.

No faltan en este sombrío apartado de la vida comunitaria las bromas propias que la cultura popular sabe imaginar para quitar dramatismo a los hechos o para lanzar su mordiente crítica a los estamentos privilegiados de su sociedad. Las siguientes palabras son de Lucio, nuestro ya citado pastor de Silos:

“Cuando se moría un hombre., cuando iba yo a eso, de monaguillo a los entierros, decía el cura, si el muerto era pobre:

Quitáimele de delante
a este calamitatis.
Quitáimele cuanti nantis.

Y luego de que se moría un rico, nos parábamos tres o cuatro veces:

Detenímele, detenímele,
Que suelte, que suelte,
Que ese buena bolsa tiene”.

Los entierros de aquellas personas muertas en pecado, generalmente suicidas, o de los párvulos que no pudieron recibir el bautismo, se realizaban en un lugar aparte del resto de las sepulturas cristianas o, incluso, en un cementerio independiente al religioso. Este hecho lo recuerda Antonio Fernández, juez de paz de Silos:

“Antes en Silos había dos cementerios. El normal y el de los ahorcados que decíamos. En este se enterraban a los que morían en pecado, gente que no recibía los sacramentos porque eran suicidas o habían rechazado la extremaunción. También se enterraban ahí a los niños que no tenían el bautismo porque morían de seguida. De estos había muchos. Antes moría la gente como las moscas. Basta que llegara una gripe o un sarampión y ese año había a al menos 20 entierros. Yo creo que antes sentíamos menos la muerte que ahora porque estábamos más acostumbrados a ella”.

La muerte es valorada de forma muy cabal y sobria por los vecinos de Silos y su comarca. En primer lugar, el sentir popular reconoce el carácter inevitable de la muerte:

*La muerte a nadie perdona
Para todo hay remedio, menos para la muerte (25).*

Por esta razón, cualquier sentimiento de temor ante ella es reprobado por el refranero:

*La muerte, ni buscarla ni temerla
Quien teme la muerte no goza la vida
Comer bien y cagar fuerte y no tener
miedo a la muerte (26).*

Como si de un Jorge Manrique se tratara, el parecer popular considera la muerte como el mejor ejemplo de la igual condición de los seres humanos:

*En el nacer y en el morir todos somos iguales,
aunque no sea en el vivir
La muerte todo lo iguala, todo lo barre y todo
lo ataja (27).*

Los entierros en la comarca son momentos para la comensalidad. Como ocurre en otros muchos lugares de la ruralía española, durante el velatorio y al finalizar los rituales de defunción, la casa del difunto dispensa diversas bebidas y alimentos a las personas que participan de modo más directo en los actos funerarios (28). No he podido constatar en la actualidad la presencia de plañideras. En el pasado, tampoco los informantes recuerdan esta figura como la de una *profesional del llanto*; si tienen memoria de ciertas personas que por su especial sensibilidad y vinculación con el muerto destacaba más en su dolor que el resto de los afectados por el suceso.

Los formulismos de los entierros han debido variar poco en el tiempo. En líneas generales, así se desarrollan sus principales actos. La noche en que acontece el óbito, se vela el cadáver. En la casa está presente la familia nuclear y por la estancia donde descansa el fallecido pasan los vecinos y familiares, durante un espacio de tiempo variable, a rendir el último homenaje al cuerpo del familiar/amigo/vecino. Al día siguiente, tras el toque a *entierro*, sale la comitiva fúnebre de la casa. En ella van los parientes y amigos más allegados del difunto, mientras que en la puerta de la iglesia espera el resto de la asistencia. Es costumbre santiguarse y descubrirse ante el paso del féretro. Terminada la ceremonia religiosa, la comitiva se traslada al cementerio y se da tierra al fallecido. Luego, la familia más directa se recoge en su vivienda y uno o dos representantes de la misa, esperan en la entrada del cementerio o en el zaguán de la casa a recibir el pésame y las condolencias del vecindario. Este es un ritual importante porque en él se deja constancia de *“que tu familia ha asistido al entierro”* (29).

El luto es una costumbre que persiste entre las personas de mayor edad, especialmente entre las mujeres. Las nuevas generaciones son menos propensas a vestir de negro durante mucho tiempo y, en cierta forma, con su actitud, no hacen más que refrendar la precisión del siguiente refrán:

Camisa y toca negra, no sacan ánima en pena (30)

En fin, la muerte, aun la de los seres más queridos y allegados, termina por mitigar, con el paso del tiempo, el dolor padecido por los vivos:

*El muerto al hoyo y el vivo al bollo
Los muertos y los idos, pronto caen en el olvido (31)*

Los casos de enterramientos de personas vivas son infrecuentes en la comarca. Lucio, de Silos, y Modesto, carbonero jubilado de Santibáñez del Val, entre bromas y veras, relataron durante una alegre comida algunos episodios de estos sucesos y de apariciones de difuntos. Esta es toda la etnografía que he podido documentar, puesto que tales temas son muy difíciles de tratar, en conversaciones fugaces, entre la gente de la comarca.

“Lucio. - Dicen que le llevaban, que ya llegaba (risas), que ya le iban a meter, da con las manos p’arriba (risas más escandalosas de ambos), ¡me cago en diez, estaba vivo! Oye, en Retuerta creo que había una, bueno, tú lo habrás oído.

Modesto. - En Retuerta había una que la llamaban la Resucitada. Entonces las llevaban encima de en una manta, así que se podían escapar más pronto (risas). Si la meten en una caja, no sale, porque la caja está fuerte y clavada...

Lucio. - A uno de Contreras que le llamaban el Joaquín, el Jicarín, a ese ya le llevaban, ya le habían metido, hasta que dio también aviso. Eso sí, eso es verdad, eso sí que lo sé yo. Luego duró un mes o más.

Modesto. - Algunos dicen que le llevaban..., y como les ponen tripa arriba, pues creo que aruñó la tabla, estuvo aruñando la caja, se quería escapar...

Lucio. - Y luego está el caso de ese manco, el marido de la tía Churra. A ese se le apareció un muerto de Mamolar, dos veces, dicen, que se le apareció.

Modesto. - Es que él era algo pariente de ella”.

El culto a los muertos tenía en el pasado una importancia relativamente mayor que en la actualidad (32). Baste mencionar el *toque de ánimas* diario para constatar la veracidad de esta afirmación.

“Todas las noches, media hora después del toque de oración o del Angelus, en la torre de San Pedro, se oye un clamor, y no hay familia que no rece un Padrenuestro o un De profundis” (33)

En algunos pueblos me han informado que este toque tenía además otra función más práctica:

“El toque de ánimas era a las doce de la noche. Se hacía con la campana pequeña a media vuelta y servía también para orientar a alguien si se había perdido” (34).

Junto a esta manifestación colectiva del tributo a los muertos, en la comarca existe la costumbre de honrar de forma privada la memoria de los

familiares fallecidos. Las misas de aniversario y el encendido de velas en los templos parroquiales son las formas más usuales de llevar a la práctica este culto particular. También, como demuestra la narración siguiente, se ofrece alguna oración durante la misa dominical (35).

“Había una familia, la de éste, la del Domingo, el alguacil, que todos los domingos ofrecían públicamente un Padrenuestro en misa, en memoria del difunto Norberto. El Norberto era pastor, ¿sabes?, y una noche le salió el lobo, ahí en la Majada La Casa. Así que el Norberto se subió en una encina y se ató con el cinto a una rama, la más gruesa. El lobo se fue, pero al rato vino la manada entera. Yo no sé si por frío o por ahuyentar a los lobos, pero dicen que el Norberto encendía de vez en cuando una cerilla, no sé... El caso es que el miedo que debió pasar el Norberto fue de cuidado. Y claro, para pasar el rato que quedaba hasta el amanecer, se puso a rezar y se encomendó a las Benditas Animas, haciendo la promesa de que si salía con bien de aquella, todos los días festivos pediría a los fieles que le acompañaran en su rezo por las ánimas. Bueno, pues llegó el día y los lobos se retiraron de allí, de adebajo de la encina, y el Norberto volvió al pueblo, ¿ya ves cómo, no? Y cumplió la promesa toda su vida. Y después de él sus hijos. De eso me acuerdo yo. Se levantaba uno, al acabar la misa, y decía: “Un Padrenuestro en favor de las Benditas Animas del Purgatorio, por amor de Dios”. Ese también lo hizo hasta que se murió. Ahora, no. Ahora ya se ha perdido eso “ (36)

En Hortezielos, pude recoger este bello canto alusivo a las *ánimas del Purgatorio*. Lo recitó la señora Juliana Camarero.

El Reloj

(Canto alusivo a las Animas del Purgatorio)

Estad atentos, mortales,
para poder explicar
el Reloj del Purgatorio
cuando las horas va a dar.

A la Una, entre llamas,
dicen con grandes tormentos:
‘Por favor de Dios, siquiera,
récenos un padre nuestro’.

A las Dos todos rogamos
a la Reina celestial
porque dos ánimas saca,
el sábado, cuando dan.

A las Tres, entre tormentos,
dicen con ayes profundos:
‘Por aquellas tres Marías,

rogad a Dios en el mundo’.

Cuando el reloj se prepara
para las Cuatro tocar,
a los cuatro evangelistas
por las ánimas rogad

A las Cinco contemplando
de Jesús las cinco llagas,
a la Virgen van rogando
que las saque de las llamas.

A las Seis, por las velas
que alumbraron al Señor,
le piden a Jesucristo
les saque de aquel ardor.

A las Siete contemplando
de María los dolores,
a la Virgen van rogando
les saque de esos ardores.

A las Ocho están metidas
las pobres en hondos pozos,
pidiéndole a Jesucristo
por aquellos ocho gozos.

A las Nueve todas piden
a María con decoro
las saque de aquel incendio,
por aquellos nueve coros.

A las Diez todas padecen
grandes penas y tormentos,
sólo por no haber guardado,
de Dios; los Diez Mandamientos.

Once mil vírgenes fueron
coronadas de laurel,
a las Once las pedían
las saquen del padecer.

A las Doce todas piden,
al divino apostolado,
rueguen los doce por ellas
a Cristo crucificado.

Todo cristiano piadoso
ha de tener en memoria
el Reloj del Purgatorio,
pidiéndole a Dios la Gloria.

La culminación de los rituales de difuntos se produce en el mes de noviembre, mes consagrado a las Animas del Purgatorio. El acto central de este mes lo constituye la conmemoración de las fiestas de *Todos los Santos* y de *Los Fieles Difuntos*, los días 1 y 2 de noviembre. En la noche de uno a otro día, la campana de las ánimas tañía incansable hasta llegar al alba (37). Son muchos los informantes que recuerdan haber realizado esta función en algún momento de su vida. En Silos, algunos vecinos recuerdan vagamente la figura de un campanero que murió durante el ejer-

cicio de su piadosa función. Quise verificar este hecho de forma más documentada y, de nuevo, encontré respuesta a mi curiosidad en el Boletín de Silos. El relato no tiene desperdicio.

“Dichoso por cierto aquel vecino de Silos, hoy socio perpetuo de nuestra Cofradía, merced al amor filial de uno de sus hijos: dichoso sí, aquel que, habiéndose encargado de tocar por las ánimas, y habiéndolo practicado fielmente durante años, murió de repente en la misma torre, mientras estaba tocando por última vez a la oración. ¡Cuánto habrán rogado por él aquellos difuntos a quienes procuró tantas oraciones!

La muerte de un devoto de las Animas. En Silos existe la piadosa costumbre de tocar por las Animas. Al anoecer tocan a las Ave María; es el toque del Ángelus, o de la oración. Pero como media hora después, en el silencio de la noche, se oyen otros golpes lentos y prolongados de la campana: es el toque que dan las Animas, el que repite a los cristianos: ‘acordaos de vuestros difuntos’, y en todas las casas, hasta en la taberna, se reza por ellos un Pater Noster.

Antes esta costumbre existía en todos los pueblos. En Silos se conserva todavía, y no falta quien se encarga, sin retribución alguna, de subir a la torre de San Pedro para dar este clamor todas las noches.

Un humilde pastor, Ildefonso Martínez, cumplió durante muchos años este acto de piedad para con los difuntos, mientras su esposa, la tía Mónica, se encargaba de subir diariamente a la ermita de Nuestra Señora del Camino, para encender la lámpara de la Virgen. Ildefonso volvía del campo, a veces cansado, rendido, a veces mojado por las lluvias y nieves, con grandes ganas de descansar. Sin embargo, nunca se echó en la cama sin haber rezado antes el Santo Rosario con su familia, y sin haber subido a la torre de San Pedro a tocar por las Animas.

La noche de Animas, subió Ildefonso como de costumbre a su piadosa tarea; dio tres o cuatro campanadas, y cesó el toque. Después de un rato, al notar que no seguía tocando, la tía Mónica subió también a la torre, y encontró a su marido muerto junto a las campanas. El buen campanero de las Animas había entregado su alma a Dios en el acto de ejercer su oficio de caridad ¿Quién podrá dudar de que aquel que por tantos años había practicado la caridad para con los difuntos, haya alcanzado también misericordia en su día? Después del marido, la mujer, mientras pudo, Siguió tocando por las Animas, y ahora la tradición que de sus padres heredaron la continúan los hijos “ (38)

Para paliar el dramatismo de este episodio, presento a continuación dos informaciones que

contrastan con la gravedad del texto anterior. La primera proviene del señor Juan Martín Cebrecos, sacristán de Santibáñez. La siguiente me la proporcionó Lucio Puente.

“Si, se tocaba toda la noche. Pero aquello era más una fiesta que un duelo. Subía los mozos, los que entraban en quintas ese año, bien cargados de vino. Algunos años aquello era un desmán..., claro, a alguno no le sentaba bien la bebida y claro, imagínate cómo tocaba ese las campanas.

“Mi tío fue campanero de las ánimas muchos años. Y el hombre, pues ahí, toda la noche solo, pues se debería encontrar algo solo. Entonces dicen que llamaba a su mujer, con las campanas, ¿eh?, la llamaba así:

*Pla-ci-da, ven.
Pla-ci-da, ven”.*

Las cofradías de Animas han existido en casi todas las poblaciones de la comarca hasta hace escaso tiempo. Esta institución se encargaba de velar por el cumplimiento de los ritos hasta ahora estudiados y era quien organizaba la *Novena de las Animas*. Las cofradías de Animas, a parte de sus cometidos religiosos, eran instituciones económicamente muy poderosas. Si recordamos el episodio del padre Moreno y el cura Merino, podemos dar constancia de este hecho. En este mismo relato, señala García Gallardo:

“Los bienes de las cofradías de Animas eran muy corrientes por estas tierras de Castilla. Con sus rentas se aseguraban sufragios por las almas de los fieles difuntos cofrades, consistentes en toda clase de frutos, especialmente de granos y vino” (39).

La *Novena de Animas* tenía lugar del 2 al 10 de noviembre. En Silos, el último día de la misma se celebraba la procesión de *Los Responsos* por las naves de la iglesia parroquial. En Peñacoba, la *Novena* y el ritual de la noche de *Animas* debieron ser especialmente interesantes desde el punto de vista etnográfico.

“En Peñacoba, aldea de Silos, el nuevo párroco hizo el novenario con grande alegría y concurrencia de sus feligreses. Estableció también el celoso párroco, a imitación de lo que se practica en otras comarcas; la conmovedora costumbre de cantar el Padre Nuestro en las troneras de la torre, en la noche de Animas, alternado cada petición del Padre Nuestro con un clamor de campanas.

Una piadosa y cristiana tradición dice que los Angeles vuelan alrededor de los campanarios, al toque de Animas, y llevan a los oídos de los fieles los ayes de los difuntos, abrasados por el fuego purificador.

En Peñacoba los Angeles habían tomado la voz de los hombres, para llegar sensiblemente a conmover los corazones. Se encendió mucho la devoción de estos buenos cristianos, y en ese pueblo de corto vecindario se alistaron pronto cuatro coros de diez socios” (40).

Durante el *Novenario* se entonaban diferentes salmos y oraciones relativas todas ellas a los difuntos y a su salvación. De entre todas ellas, destaca por su desgarrador sentimiento el siguiente *Lamento de Animas* (41).

Lamento de Animas (Novena de las Animas)

Romped mis cadenas,
alcanzadme libertad
¡Cuán terribles son mis penas!
Piedad, cristianos, piedad.

Una chispa que saliera
de este fuego tenebroso
montes y mares, furioso,
en un punto consumiera.

Ya que podéis estas llamas,
compasivos apagad
¡Cuán terribles son mis penas!
Piedad, cristianos, piedad

Falta, por último, señalar las celebraciones propias del día de *Todos los Santos*. En la actualidad, los vecinos de la comarca acuden a la misa del día y, tras ellas, bien de forma privada en algunos pueblos y aldeas, bien de forma conjunta, en procesión, en otras poblaciones, se procede a la visita del camposanto (43). Allí y ante las tumbas de los familiares difuntos, previamente adecentadas, se renuevan las flores que adornan las sepulturas y se ora por el descanso y la salvación de los muertos de la comunidad.

NOTAS

(1) Boletín Mensual de la Cofradía de Animas Benditas de Silos, bajo el patrocinio de María Santísima y Santo Domingo de Silos, establecida en la iglesia abacial del Real Monasterio BeAZnedictino de Santo Domingo de Silos, Imprenta de Juan Encina, Burgos, Tomo III, Años 1900-1901, nº 10, Agosto, 1900, p. 191.

(2) Boletín de Silos, op. cit., Tomos I-II, Años 1898-1900, p. 163.

(3) “Ayuno, ayuno no, pero si comer cosa de poco: unas acelgas o una tortilla. ¿Otras prohibiciones? Hombre, no cantar ni reír” (Ignacio Martín, jubilado de Silos). La señora Lucía Palomero Nebreda, varias veces citadas en el trabajo presente como informante de primer orden, me proporcionó una hoja divulgativa que señalaba las

obligaciones que debía seguir los fieles en esta materia. El texto, titulado *Advertencias*, tiene fecha de 1921 y dice lo siguiente:

“*Abstinencia: no comer carne ni caldo de ella, y en los sin abstinencia se puede tomar carne y caldo de carne, y también pescado y mezclarlo en la misma comida.*

Ayuno (con o sin abstinencia): se puede condimentar con manteca, tocino y manteca de tocino o cualquier otra grasa. También se pueden tomar huevos; leche y lacticinios.

Para disfrutar de estos privilegios es necesario tomar el Sumario general de la Cruzada y el Indulto singular de carnes, pero los pobres están dispensados”.

(4) Boletín de Silos, op. cit., Tomos I-II, Años 1898-1900, p. 165.

(5) Roberto Alonso Olalla, *Hacinas*, Edición del Autor, Navarra, 1995, pp. 67-68.

(6) Boletín de Silos, op. cit., Tomo VII, Años 1904-1905, p. 229.

(7) Abdón de Juan, *El folklore de Hacinas*, Cocusa, Madrid, 1985, pp. 175-179.

(8) Esta canción se entona en otros muchos pueblos de la comarca, si bien fuera de la mencionada Procesión del Entierro.

(9) Esta aclaración sobre la función de *Tinieblas* hace suponer que no siempre se respetaba el momento que implicaba la oscuridad reinante y que algunas personas, amparadas en el anonimato, podían dedicarse a romper la solemnidad del momento. Recabando información al respecto, Lucio Puente, pastor de Silos, me dice lo siguiente: “*Alguno, alguno sí había. Algunos, cuando llegaba en eso de las tinieblas, pues hacían monerías o daban gritos como de pena, pero así en plan de guasa*”. El testimonio es sumamente interesante pues guarda estrecha relación con un tipo de cultemas judíos que Jiménez Lozano, en su obra *Sobre judíos, moriscos y conversos*, Ambito, Valladolid, 1982, pp. 138-139 y Notas 11 y 12 del Apéndice, denomina *filosófico-religiosos*. Entre los cultemas de esta variedad, destaca Jiménez Lozano *las dudas y burlas en torno a la muerte de Dios en Viernes Santo*. Aprovechando la disposición de mi informante para la charla sobre asuntos religiosos, le interrogué acerca de otros tres de estos cultemas: *la virginidad de María, la promesa de una vida eterna en otro mundo y el gobierno de Dios en el mundo*. Lucio contestó de la siguiente manera a cada uno de estos planteamientos: “*Hombre, eso de que la Virgen no tal, pues es algo difícil de creer, ¿no? Dicen, que yo no lo sé de cierto, que si San José era algo tonto y se hizo cargo del niño y que luego, claro al burlarse la gente de él, pues que quiso divorciarse de María, como ahora si tu mujer te trae un niño que tú nos has hecho*”. “*Vida futura en otro mundo no hay. Es una promesa para que nos sujetemos aquí, en la tierra. Es parecido a la policía y los jueces. Te dicen: ‘si te portas bien y tal, vas al cielo’. No creo, más bien es para que seamos buenos*”. “*Si Dios existiera, hablábamos el otro día en lo de mi sobrina, pues pararía las guerras y las hambrunas esas que se cargan tanta gente. A lo mejor, tú y tu familia, que sois buenos y no hacéis mal a nadie, ¿por qué os va a partir un rayo? Dios, creo yo, nos ha dejado que nos los apañemos solos y no quiere saber nada de nosotros*”. Dos contundentes refranes, recogidos en Ciruelos de Cervera, resumen de forma magistral las palabras de Lucio:

*“En muriéndome yo, todo se acaba”
“Dios y el mundo no pueden andar juntos”*

(10) Evidentemente, la religión oficial intenta influir en las cuestiones sociales de las pequeñas comunidades rurales. Las actuaciones que en este sentido lleva a cabo la Iglesia católica son de muy variado signo. En algunos casos, sus consecuencias fueron muy positivas. La creación de los Sindicatos Católicos facilitó a los labradores de la comarca los medios necesarios para mejorar el cultivo de sus tierras. También vendía comestibles a bajo precio, pero, sobre todo, libraron de las garras de los usureros y especuladores a muchos vecinos pobres que antes se veían abocados a la miseria por las deudas que contraían con ellos. En el caso de Silos, testimonios de esta circunstancia pueden verse en mis trabajos *Pastores de las Peñas de Cervera*, Revista de Folklore, nº 211, Obra Social y Cultural de Caja España, Valladolid, Agosto, 1998, y en *Demografía, sistema económico, propiedad y estratificación social en una pequeña comunidad rural castellana*, obra mecanografiada que constituye mi investigación de fin de los Programas de Doctorado cursados en la Facultad de Sociología de la UNED.

En otros momentos, la intervención eclesiástica se encamina a evitar los conflictos latentes o emergentes entre los diversos sectores sociales de la comunidad. Tal es el caso de una obra divulgativa que me fue prestada por la señora Lucía Palomero Nebreda, vecina de Silos. En ella se realizan una serie de recomendaciones a los distintos estratos socioeconómicos de la comunidad.

Obligaciones de varios estados

(Extraídos de la obra del Antonio María Claret, Camino Recto y seguro para llegar al Cielo, 42ª Edición, Imprenta Pablo Riero, Barcelona, 1863)

Obligaciones de los hacendados. Dar gracias a Dios por sus bienes. No poner en ellos la confianza. No aumentarlos con usuras. No conservarlos en injusticias. No servirse de ellos para fomentar pasión alguna. Ser caritativos con los pobres y con la Iglesia. Pensar muy a menudo que los ricos están muy en peligro de condenarse por el mal uso que hacen de las riquezas.

Obligaciones de los pobres. Resignarse a la voluntad de Dios en su pobreza. No apropiarse cosas ajenas, aunque sea bajo el pretexto de la pobreza. Indстриarse a fin de proporcionarse un honesto bienestar. Procurar hacerse ricos de bienes eternos. Acordarse de que también Jesucristo y María Santísima fueron pobres.

Obligaciones de los mercaderes. Contentarse con una ganancia moderada. Dar a todos lo justo en peso y medida. No falsificar las mercancías. No apoderarse de todo un género, ocasionando la miseria al pueblo. Abstenerse de toda especie de fraude o engaño. Ser caritativos con los pobres.

Obligaciones de los artistas y jornaleros. Ofrecer a Dios con frecuencia todas las privaciones y fatigas. Trabajar con toda diligencia y exactitud. No trabajar en día festivo; no renegar ni blasfemar. No retener las cosas ajenas. No ocasionar revueltas ni hacer daño a sus propios amos. No perder el tiempo. No faltar a la palabra dada. En el trabajo no murmurar ni tener conversaciones libres.

Obligaciones de los criados y dependientes. Mirar y considerar a los amos como a representantes de Dios. Amarlos de corazón. Respetarlos debidamente, y hablar bien de ellos, tanto en su presencia como estando ausentes. Obedecerles con prontitud. Servir-

los con fidelidad. Socorrerlos en las necesidades. Sufrir sus defectos, callando siempre. Rogar a Dios por ellos. Tener cuidado de las cosas de la casa.

(11) La figura del sacristán bullicioso y pícaro es corriente en la memoria de las gentes de la comarca. Una buena prueba de la condición de muchos de estos sacristanes se resume en los siguientes versos y dichos recogidos en Silos, Gete y Mamolar:

*“Sacristán que vendes ceras
y no tienen colmenar:
o la quitas o la robas
o la mangas del altar”.*

“A mal capellán, mal sacristán”

“Los dineros del sacristán, cantando se vienen y cantando se van”

(12) Boletín de Silos, op. cit., Tomos I-II, Años 1898-1900, pp. 217-218.

(13) Versiones que me ofreció la citada señora Juliana Camarero Andrés, vecina de Hortezielos

(14) De nuevo estamos en presencia de un rito judío, pues entre los seguidores de esta religión es costumbre el encendido de la lámpara, en las noches de los viernes, como primer rito religioso del sábado.

(15) Boletín de Silos, op. cit., Tomo I-II, Años 1898-1900, p. 167.

(16) Antonio Fernández, 71 años, labrador jubilado, juez de paz de Silos. Al hilo de los nacimientos y bautizos, en Santibáñez del Val me informaron de la pervivencia, hasta hace escasos años, de la costumbre de la *cuarentena*. Esta usanza obligaba a las madres a guardar absoluto encierro doméstico durante 40 días, recordando lo hecho por la propia Virgen María. Pasados estos 40 días, la madre y su criatura, portandouna vela encendida, se dirigían a la iglesia para que el recién nacido recibiera el bautismo. Cuando la madre, obligada por una circunstancia muy decisiva, debía romper la *cuarentena* lo hacía del siguiente modo: se colocaba una teja en la cabeza que sujetaba mediante un pañuelo atado en el cuello. De esta forma simbolizaba no abandonar el hogar voluntariamente.

Por otro lado, así como los bautizos procuran celebrarse el *Sábado de Gloria*, los matrimonios en la comarca se realizaban en cualquier fecha menos en Adviento. El siguiente caso me fue narrado en Quintanilla del Coco por la señora Domica Alonso:

“Un conocido mío tuvo que casarse en septiembre porque su madre estaba muy enferma y el hijo, claro, quería que fuese a su boda. Bueno, pues como se casó en Adviento, luego tuvo que velar, es decir, acudir todos los días a la iglesia a ofrecer a la Virgen una vela”.

(17) Boletín de Silos, op. cit., Tomo XIX, Años 1916-1917, p. 153.

(18) Felipe de Jesús Fernández, *Silos, apuntes del corazón*, Hotel “Tres Coronas de Silos”, Burgos, 1998, p. 147

(19) Versión ofrecida por la señora Juliana Camarero Andrés.

(20) En la comarca me indican que, aparte de estas imágenes, es costumbre poner en la cabecera de la cama o en la mesita adjunta a ella estampas de Santo Domingo y/o del Santo/a y Virgen Patrón/Patrona de la comunidad del enfermo.

(21) Antonio María Claret, *Camino recto...*, op. cit., p. 89.

(22) En Roberto Alonso Olalla, *Hacinas*, op. cit., p. 132.

(23) Idem.

(24) Juan Martín Cebrecos, sacristán de Santibáñez del Val.

(25) Carazo, Hinojar. Si bien hay ciertas excepciones a esta regla. La más conocida de todas ellas es aquella que se refiere a la maldad. El refrán, por conocido, es suficientemente explícito:

Cosa mala nunca muere

(26) Tejada, Espinosa, Contreras.

(27) Hortezielos, Tejada.

(28) “Hombre, no te voy a decir que se comía como en bodas, pero sí que había como un banquete, la noche, después de enterrar al difunto. Y cuando el velatorio, pues te daban aguardiente, moscatel, coñac y eso”. (Lucio Puente, pastor de Silos, 65 años).

(29) Lucio Puente.

(30) Este refrán me fue dado a conocer por la señora Josefa Sanz García, la entrañable y ya fallecida señora Pepa.

(31) El primero de los refranes fue pronunciado en la totalidad de los pueblos y aldeas de la comarca. El segundo lo recogí en Villanueva de Carazo.

(32) Paradójicamente, sin embargo, la muerte era *menos sentida* emocionalmente en el pasado que en la actualidad. Los testimonios recogidos al respecto coinciden en su mayoría con esta afirmación. La alta tasa bruta de mortalidad, especialmente la infantil, convierte a la muerte en un fenómeno *natural, cotidiano*, excesivamente repetido. Ello puede producir, sin duda alguna, una cierta *familiaridad* con la misma, lo cual, a su vez, *endurece* los sentimientos de las personas del mundo rural *tradicional* ante la defunción de los seres que habitaban en su entorno.

(33) Boletín de Silos, op. cit., Tomo V, Años 1902-1903, p. 443. Teófilo Gallo, apicultor y tabernero jubilado de Silos, me informa que el *toque de ánimas* en Silos se realizaba desde el mes de noviembre al mes de mayo y que la duración del mismo era de 20 minutos.

(34) Juan Martín Cebrecos, sacristán de Santibáñez del Val.

(35) En Caleruega, según testimonio de un viajero, este tipo de prácticas durante la misa dominical era mucho más complejo

que en los pueblos de Cervera. El texto que transcribo se encuentra en la obra citada de Fr. Manés Luis Gámara, *Caleruega, cuna de Santo Domingo de Guzmán*. Imprenta de “El Santísimo Rosario” de Vergara, Vitoria, 1936, p. 34.

“Es curioso ver entrar a aquellos hombres, tostados por el sol y el aire, a la Misa parroquial del domingo, y todos por lo regular hacen bien la señal de la cruz; luego el Sacerdote revestido y antes de comenzar la Misa, vuelto hacia el pueblo y con una lista en la mano, comienza a rezar una de Padrenuestros, interminable que el pueblo contesta, después me enteré que era por los difuntos que tenía la Parroquia de tres años había; comienza la Misa, y al pronunciar el Sacerdote el Gloria, todos a una tocan los dos dedos de la mano derecha en el suelo, los besan y luego se santiguan; al comulgar el Sacerdote, un anciano se levanta y reza en común otro Padrenuestro por las Almas del Purgatorio; y, finalmente, al terminar el último Evangelio, unos hombres a otros se dan los buenos días”.

(36) Sr. Elías, natural de Silos, vecino de Vizcaya.

(37) “Los mozos tenían sus fiestas propias (...) Otra era la noche de Difuntos. Las campanas sonaban desde el toque de oración hasta el alba con toques regulares ejecutados por los mozos, de campanas a media vuelta y silencios de 15 segundos, después de cada una de las campanadas uno de los mozos cantaba una frase del padrenuestro. El Ayuntamiento regalaba a los mozos una cantara de vino y cenaban un carnero en la taberna”. Roberto Alonso Olalla, *Hacinas*, op. cit., p. 142.

(38) Boletín de Silos, op. cit., Tomos I-II, Años 1898-1900, p.2 y p. 45.

(39) Próspero García Gallardo, Silos, *durante la francesada*, Publicaciones de la Institución *Fernán González*, Academia Burguense de Historia y Bellas Artes, Imprenta de la Excelentísima Diputación Provincial, Burgos, 1962., nota 5, p. 17.

(40) Boletín de Silos, op. cit., Tomos I-II, Años 1898-1900, p. 277.

(41) Agradezco a Anastasio Antón, vecino de Hacinas, la información que me facilitó de este y otros cantos, todos ellos incluidos en la cinta que completa este trabajo.

(42) Abdón de Juan, *El folklore de Hacinas*, op. cit., p. 179-180.

(43) La costumbre de acudir en procesión al cementerio la he podido constatar en Hacinas y en Silos. En este último pueblo, la institución de esta práctica data de 1899, tal como refleja el Boletín de Silos.



ARQUITECTURA RURAL EN LA SERRANÍA DE GUADALAJARA: LAS PARIDERAS Y LOS CASILLOS

Olga Ortiz Carrascosa.

Martín Sacristán Tordesillas.

Al norte de la Provincia de Guadalajara, en la zona llamada La Serranía, perviven aún, jalonando el paisaje, las parideras y los casillos. Se trata de dos ejemplos de arquitectura rural que constituyen un verdadero tesoro cultural. Las técnicas de construcción y los materiales empleados en su edificación nos descubren una tradición que se remonta a la época romana, y que nos recuerda, en su primitivismo, los palacios y fortalezas prehelénicas de Creta y Micenas. Allí hicieron su aparición, por primera vez en el Mediterráneo, características tan asumidas hoy como la apertura de vanos en los muros, y la utilización de pilares para sustentar techumbres. Esos primeros pasos de la arquitectura, que fueron desarrollándose en las ciudades, han pervivido incólumes en las parideras y casillos de las sierras de Guadalajara, erigiéndose desde la romanización de la península ibérica hasta mediados del siglo XX.

Tanto parideras como casillos presentan una técnica de construcción muy similar, basando sus diferencias en el tamaño y uso a que fueron y son todavía destinadas. La paridera surge en el medio ganadero de la sierra para proteger a los rebaños de ovejas y cabras tanto de los animales salvajes como de las inclemencias del tiempo. En origen fue destinada a la protección de las hembras preñadas, que eran cerradas allí para parir, evitando el ataque de zorras y lobos, que acudían atraídos por el olor de la placenta. El casillo, por el contrario, es un lugar destinado a los aperos de trilla, y suele construirse dentro de las paredes que delimitan una era. En su interior se guardan trillos, horcas, máquinas de arvelar y otros, durante las estaciones en que no se utilizan. A nivel constructivo se diferencia de la paridera en carecer de pilares en su interior —debido al menor tamaño de la techumbre no los necesita, ya que el peso es sostenido por las paredes—; tampoco suele tener ventanas, y además su interior se enfosca con adobe para mantenerlo a salvo de la humedad, que podría estropear los aperos de trilla. Existe además una variación del casillo, la casilla, integrada en el casco urbano del pueblo, y destinada a distintos usos: leñera, gallinero, cría de conejos, etc. Modernamente se han usado también como cuadras, aunque la tradicional cuadra de la serranía estuvo durante siglos integrada con la vivienda, en su piso inferior.

UNA ARQUITECTURA BASADA EN EL APROVECHAMIENTO DE MATERIALES

Como es característico en la arquitectura rural, parideras y casillos toman sus materiales del lugar en que se erigen. La piedra es caliza en las sierras del este, y pizarras en las del oeste. La madera utilizada es el chopo, por su tamaño, disponibilidad y por ser fácil de trabajar. Las tejas provienen del mismo tejedor del pueblo, conservando algunas de ellas las marcas de los dedos del artesano y el nombre del dueño, puesto que era costumbre comprarlas bajo pedido y, una vez moldeadas, se escribía el nombre en una de ellas, para que al salir del horno se identificaran los montones por número de tejas solicitadas y cliente al que correspondían.



Entrada a paridera y corral exterior

La arquitectura de las parideras presenta características muy primitivas, que sin embargo desvelan, al estudiarlas, una larga tradición de técnicas constructivas, transmitida oralmente. Mediante las mismas se obtiene un edificio adecuado a las necesidades del usuario, que perdura de forma indefinida con un mínimo mantenimiento periódico.

Cuatro paredes de piedra sin labrar, colocada a hueso, con ripias en algunos puntos para evitar que se muevan, definen el perímetro de la paridera. Tan sólo se aprecia un cierto orden en la brenca de la puerta, en las ventanas y en las esquinas, que se mantienen trabadas colocando una piedra más larga sobre otra más corta.



Paridera exterior

Brencá es el nombre tradicional que recibe el conjunto de piedras que definen el hueco de la puerta. Las piedras de las esquinas recibían un cierto tratamiento, siendo cortadas en sillares sin tallar, debido a que es en esta zona donde el edificio recibe las mayores fuerzas de empuje y precisa estar reforzada. Es fácil observarlo en muchas iglesias y ermitas de ladrillo o piedra a hueso, cuyos ángulos los forman esquinales bien tallados.

La pared opuesta a la puerta se denomina cuchillo. En ocasiones es compartida por dos parideras, pues la levantada en segundo lugar aprovecha el cuchillo de la primera. En esta pared se abre un ventano cuadrado, de unos 30 cm. de lado, que, opuesto directamente a la puerta de acceso, forma una corriente de ventilación destinada a secar el estiércol de los animales, acumulado durante el invierno en el suelo de la paridera. Hay que señalar, además, que en las paredes perpendiculares al cuchillo se abren pequeños huecos en la parte más alta, donde apoya el tejado. Estos vanos o falsos ventanucos son del tamaño de las piedras que permanecían colocadas, cerrándolos, durante el invierno, para concentrar el calor de los animales en el interior de la paridera; dichas piedras se retiraban abriendo los vanos durante la primavera y el verano para secar el estiércol acumulado en el suelo. Algunas parideras, más sofisticadas, presentan ventanucos en los muros longitudinales, de idéntica función, con la diferencia de que éstos había que dotarlos de una hoja de madera abatible, un sistema más caro que algunos constructores rechazaban.

La cimentación también es de piedra, alcanzando una profundidad de medio metro por debajo de la línea del terreno. El espesor de los muros es variable, alcanzando mínimos de 60 cms. y máximos de hasta 1 metro.

Hay que reseñar que ni parideras ni casillos presentan unas dimensiones fijas, pues éstas venían condicionadas por el número de cabezas de ganado a guardar, el terreno de que disponía el dueño o el dinero que quería o podía gastarse en

su construcción. Otro dato a considerar es que hemos traducido las medidas tradicionales de codos, pies, varas, zancadas, cuartas (espacio entre el pulgar y el meñique cuando ambos están extendidos) y gemes (espacio entre el pulgar y el índice cuando ambos están extendidos) que usaban sus constructores, por el sistema métrico decimal.(1)

Tras un estudio prolongado de parideras en varios pueblos de la sierra, la mayor que hemos encontrado está ubicada en la zona de El Llano, en Renales, la cual consideramos como base para expresar las medidas en nuestro artículo. Presenta unos 7 m de ancho ($8v + 1/2v$) por 13,70 de largo ($16v + 1/2v$) y una altura de hasta 3 m en su punto más alto. Esto supone una superficie de 95,9 m², capaz de albergar hasta 150 ovejas adultas.

La ubicación habitual de la paridera es la majada, y presenta un acceso a través del corral; éste es un espacio rectangular abierto definido por cuatro paredes, tres de ellas de 1,70 m (2 varas), siendo la cuarta la fachada principal de la paridera, donde está la puerta.

El corral posee una puerta en uno de sus lados más largos, que suele tener alrededor de 2,20 m. de ancho ($2v + 2/3v$). La puerta, muy vasta, presenta dos travesaños cilíndricos –troncos– dispuestos en vertical, sobre los que se clavan tabloncillos transversales, las costillas. El tronco vertical gira sobre una piedra donde se ha practicado un pequeño agujero, llamado quicio, que sirve de eje de giro. Se sujeta al muro mediante una rama bifurcada inserta entre las piedras. En épocas recientes la parte inferior de las puertas se ha cubierto de chapa, para evitar que la madera se pudra con el agua. Antes de esto, era frecuente untarla con pez (alquitrán), que servía como impermeabilizante: un material común entre pastores, ya que en él, una vez calentado, mojaban la empega, hierro con un signo o letra que servía para marcar a su ganado.



Paridera hundida

La pared del corral que da acceso al cerrado –espacio rectangular contiguo a la paridera donde recoger las ovejas de día– presenta un hueco ancho en su parte inferior, llamado argollón. Este elemento define la utilidad del corral, pues en su interior se disponía un pienso de paja y grano para los corderos pequeños. El argollón permitía que sólo estos animales, y no los de mayor tamaño, accedieran a un alimento más rico, destinado al engorde.

Algunos corrales presentan aún restos del tinado, llamado “tinao” por los serranos. El tinado o tinao es un tejadillo dispuesto sobre uno de los lados largos del corral, idéntico al tejado de la paridera, del que hablaremos más tarde. Su función era proteger de la lluvia el pienso destinado a los corderos.

Es curioso observar que las paredes del corral no se traban con las de la paridera, sino que están simplemente apoyadas en ella.

Aunque las parideras no presentan una orientación determinada o especial, sí parece que todas coinciden en evitar que su puerta de acceso dé directamente al norte, entendemos que para evitar los vientos más fríos.



Paridera. Interior, muro con relleno de adobe

La puerta de acceso es un vano practicado en el muro, de 2 m de alto por 1,70 m de ancho en nuestra paridera de El Llano, aunque son comunes las puertas más bajas. No sabemos si la altura viene determinada por la del dueño, aunque hemos sabido que el propietario y constructor de ésta medía alrededor de 2 m de alto.

El dintel lo constituye un tronco, apoyado en sus extremos en la pared, debidamente dispuesta para conformar el hueco de la puerta, y tallado en forma de prisma para que se asentase bien sobre las piedras. Para sujetarse se introduce alrededor de 35 cm (2 gemes) en el muro. La pared



Entrada a paridera y corral exterior

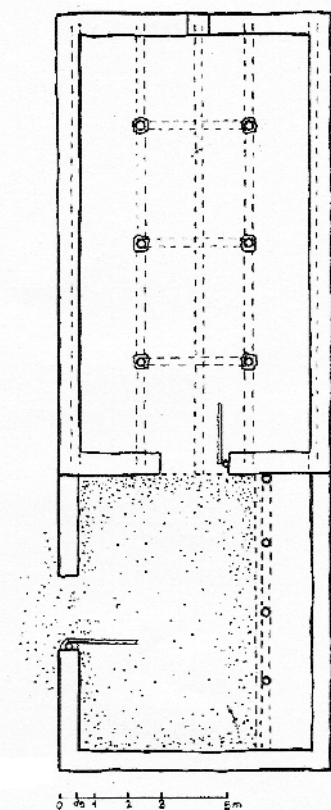
continúa encima suyo, y en él se apoyan el resto de hiladas de piedra, hasta el tejado. Desgraciadamente, éste es uno de los puntos más débiles de las parideras, y el lugar por donde muchas de ellas están cediendo. El peso que soporta el dintel, así como la humedad y la carcoma, contribuyen a que la madera se pudra y ceda en su punto más débil –la mitad del dintel–, contribuyendo al derrumbe de toda la construcción.

La puerta tiene en el suelo una hilada de piedras, ligeramente sobresalientes, destinadas a impedir que el agua entre por la parte baja de la puerta.

En el interior de la paridera, al lado de la entrada, hay un espacio separado por un murete de un metro o metro y medio, llamado pajera. Allí se almacenaba paja, a fin de disponer de comida para los animales cuando hiciera falta. La altura de las paredes de la pajera viene determinada por la altura en la cruz de una oveja adulta, con el fin de que no pudiera alcanzarla y comérsela. El pastor solía disponer de una horca de pequeño tamaño en la paridera para horquiar –sacar la paja con la horca– la paja y colocarla, cuando era necesario (normalmente en invierno, cuando ya escaseaba la hierba en el campo) en el tinao del corral.

Entrar a una paridera es una experiencia única. A pesar de que quienes somos de la sierra lo vemos como algo habitual, el que viene de fuera se siente sorprendido, cuando no fascinado, por esa luz tamizada que se filtra por las paredes, y que alumbra una compleja estructura de vigas renegridas por el tiempo, y unas paredes enlucidas con adobe. Una fila de cuatro pies derechos y, sobre ellos, los troncos en forma de tímpano, soportan la techumbre. En la paridera del El Llano de Renales, objeto de nuestro análisis, los pies derechos se sitúan a 1.70, 2.95, y 1.70 m de la pared, respectivamente. Los pilares laterales se pegan a la pared longitudinal, mientras que los otros dos, centrales, están exentos, repitiéndose esta fila de

cuatro a distancias de unos 3,5 m (tres zancadas). Hay que señalar que aunque usemos los términos técnicos de pilar y pie derecho, todos ellos son simples troncos desbastados, algunos, colocados modernamente, sin descortezar. Esto nos hace pensar en la posibilidad de que no se descortezaran en origen, y que la corteza se haya ido desprendiendo a lo largo de los años. A 2.10 m del suelo se colocan tres vigas transversales, de pared a pared. Las dos de los extremos se apoyan en el estribo perimetral —un tronco apoyado en el extremo superior de las paredes—, mientras que la central apoya sobre dos pies derechos.

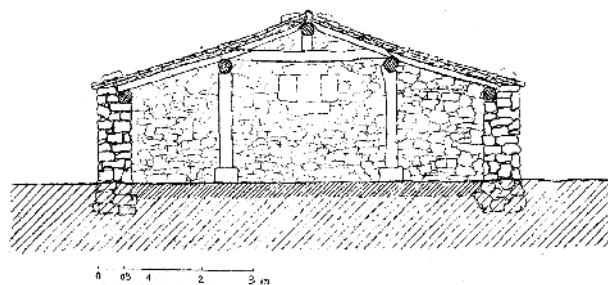


Paridera. planta.

Para formar la pendiente del tejado, dos estribos (troncos) se apoyan sobre las paredes longitudinales en su misma dirección y otros dos sobre los dos pies derechos exentos. Los tirantes se apoyan en estos últimos, conformando una especie de tímpano junto con los troncos que forman la hilera y los pares. Los pares o cuartonás, como los llaman por allí, se apoyan sobre la hilera, que a su vez apoya sobre un tronco corto que descansa en el tirante. Sobre todo ello se dispone una cama de paja y tamarillas, que sirve de aislante y de base a las tejas, que van colocadas directamente encima.

Los tejados de las parideras son a dos aguas. Las tejas de la cumbre, así como las más próximas a la cornisa, están sujetas con piedras superpuestas, para evitar que se las lleve el viento. Hoy día, en los modernos retejados, estos lastres están sustituyéndose por cemento.(2)

Lejos de estar trabajadas, estas vigas son, al igual que los referidos pilares, simples troncos pelados, apoyados en basas de piedra. Obviamente, la función de estas últimas es evitar que la madera se pudra en contacto con el suelo, aislarla del estiércol de los animales y proporcionar un apoyo más ancho a la madera colocada verticalmente. En parideras derruidas hemos observado además que muchas de estas basas de piedra tienen practicado un agujero en su centro, donde se encajaba el pilar. Los ancianos pastores nos dicen que ese agujero no lo hacían ex profeso, sino que aprovechaban piedras del terreno que los presen-



Paridera. Alzado, interior y cimientos

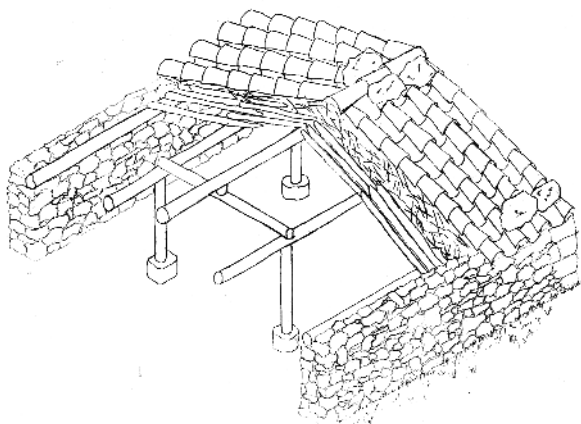
tan. Efectivamente, es un fenómeno común en las calizas del mioceno, época geológica que se remonta a un millón de años atrás: la parte más blanda de la piedra se diluye en contacto con el agua, dejando esos peculiares agujeros que parecen horadados por gusanos.

Estas basas nos hablan además de una función derivada de la paridera, ejemplo de un racional aprovechamiento de recursos. La altura de la basa es de algo más de una cuarta, y determina la cantidad de estiércol que podía acumularse durante un invierno. Cuando los excrementos llegaban a tocar la madera solía ser en marzo o abril, momento en que el dueño los vaciaba, usándolos como fertilizante para sus campos y huertos. De este modo volvía a aparecer el suelo de tierra, que se llenaba durante los periodos de siembra, siega y en el invierno.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La referencia más antigua a una paridera en nuestra región data de un documento de

donación del siglo XI. En él, el rey de Castilla Alfonso VI dona al obispo de Sigüenza y a sus descendientes la aldea de Saviñán (hoy Torresaviñán), haciendo referencia a una paridera, que en el documento original, escrito en latín, denomina “ovetarium”, y que sitúa en la serna del obispo. Luego vuelven a aparecer en documentos históricos durante nuestra Edad Media, en la época de repoblación de las sierras que hizo el rey de Castilla Alfonso VI, y con la fundación del Señorío de Molina (s.XII), y más tarde del Común de Villa y Tierra de Medinaceli (s.XIV).



Paridera. Sección de la cubierta

Como señalábamos al principio, la paridera nació con el uso que le da nombre. En tiempos antiguos, nuestras sierras eran más ricas en bosques y en animales salvajes. Las zorras, águilas y lobos eran enemigo común del ganado doméstico, cabras y ovejas que constituían una presa fácil. La situación se agravaba cuando las ovejas parían, pues el olor de la placenta atraía como una alarma a los animales salvajes, y los corderillos eran fácilmente vulnerables. La paridera era una buena solución para los primeros días, hasta que el cordero pudiera correr. Además, la raza de ovejas originaria de nuestra península, que se ha criado en las sierras hasta hace pocos años, era más débil que las actuales, fruto de cruces con razas de otros países y regiones. Esta debilidad las hacía amodorrarse durante el día, especialmente en verano, debido al calor, y no empezaban a comer y a moverse hasta el fresco de la noche. Esto obligaba a los pastores a recogerlas durante el día en la paridera y sacarlas a pastar al llegar la noche.

La palabra paridera es un modismo local de nuestras sierras, que se extiende también por Aragón.

UN FUTURO INCIERTO.

Así son las parideras y los casillos, verdaderos libros abiertos para quien sabe leer en ellos. Un bien cultural que no puede desligarse del pasado y de la cultura de las sierras de Guadalajara, un espacio por lo demás único, cuyas tradiciones, cultura y costumbres son fruto de muchos siglos como tierra de frontera, primero entre cristianos y árabes, y más tarde entre los reinos de Aragón y Castilla, con influencias de ambos. Hoy, entrados en el siglo XXI, estamos aún a tiempo de preservar estos edificios antes de que la ruina nos despoje del último de ellos. El primer paso sin duda es darlos a conocer, y sobre todo concienciar a sus dueños, quien hoy ven en ellas únicamente el valor de sus tejas, motivo que les lleva a quitárselas, contribuyendo a su rápido hundimiento.

Todavía estamos a tiempo de verlas en pie, quién sabe por cuánto tiempo, antes que llegue la hora de que desaparezcan para siempre. Es el momento para que las gentes de Guadalajara se pregunten si esas parideras y casillos, que tan acostumbrados están a ver, quieren dárseles a conocer a sus hijos y nietos, si quieren que ellos puedan mirar hacia el pasado y comprender el presente de esa región. O si por el contrario desean que sigan, como ellos ahora, bajando la cabeza cuando dicen que son de Guadalajara, pues nada encuentran en su tierra que crean digno del amor que sienten por ella.

NOTAS

(1) La medida más aproximada que hemos encontrado es la vara castellana usada en Guadalajara. Así hemos deducido las medidas que se expresan en proporción a varas y se traducen a metros. Para estas medidas, nos hemos basado en los estudios del arquitecto D. José Miguel Merino de Cáceres.

Vara castellana = 3 pies = 83'58 cms

Codos = 1/2vara = 41'79 cms

Pies = 1/3 v = 27'86 cms

Zancada (suponemos = paso castellano) = 1v + 2/3v

Geme = 13'93 cms

Cuarta (lo que ahora llamamos un palmo, vulgarmente)

(2)

Cuartón = 2'30m

Timón = 3m (aproximadamente, medida de los arados, por la longitud de la mula)

Leño = 1m

RESTOS DE UN COMPONENTE BELICO EN LA RONDA TRADICIONAL

Joaquín Díaz

La etimología de la palabra “ronda” divide a los expertos en lingüística, y así, mientras unos la hacen proceder de *rotundus*, palabra latina que significa redondo, otros, como Corominas, prefieren hacerla derivar del árabe y darle el mismo origen que “rebato”. De esta manera, de *rubt*, plural de *rabita* (lugar donde vivían los guerreros encargados de proteger la frontera de los infieles o a veces patrulla de jinetes guerreros), vendría un cambio fonético que convertiría la *bt* en *bd* y ésta en *nd*, como sucede en otros casos de los cuales el más obvio, presentado por el etimólogo catalán es el de la palabra *guisante*. Hay, por tanto, en el término un componente bélico que ya aparece en textos primitivos, como el Poema del Cid: “Muchas son las arrobadas e grande el almofalla, es decir, muchos son los ataques y grande es el ejército. Después, las Partidas y otros documentos literarios van perfilando el sentido actual de la palabra; en galaico portugués la palabra *roldar* tiene, desde antiguo, el significado de “andar de noche armado”. El Diccionario de Autoridades, finalmente, trae en el siglo XVIII la palabra y la define en estos términos: “Andar de noche visitando la ciudad o plaza para estorbar los desórdenes el que tiene este ministerio a su cargo”. A continuación da esta otra acepción: “Vale también andar de noche paseando las calles. Especialmente se dice de los mozos que pasean la calle donde vive alguna mujer que galantean”(1). Es probable que el “andar de noche armado” y el “galantear” dieran origen a más de una confrontación, pues desde las Siete Partidas ya se entendía por armas “no solamente los escudos, lorigas, lanzas, espadas y demás con que se lidia, sino también los palos y las piedras”(2). Este tema del palo lo trataré a continuación, pero no voy a pasar adelante sin decir unas palabras sobre el lugar en el que se producen las rondas, es decir la calle. Era ésta de uso común y por tanto no perteneciente a nadie en particular, detalle que hace más lógico ese deseo de posesión del territorio que aparece bien claramente definido en alguno de los cantares que sirven para el caso y en los que se adivina una lucha por dominar tal espacio:

La ronda y la contraronda
se encontraron en la calle
pudo más la contraronda
aunque la ronda era grande

Ese enmarcamiento de la territorialidad era un paso previo para la posibilidad de acceder a la dama, por lo cual no han de extrañarnos los términos de desafío que se acuñan en algunos textos:

Por esta calle que voy
me dicen que no hay salida
yo la tengo que pasar
aunque me cueste la vida (3).
A los caños de la fuente
tengo atado mi caballo
por ver si hay algún valiente
que se atreva a desatarlo (4)

o aquel otro en el que se percibe una provocación entre mozos de diferentes pueblos, seguramente por no querer aceptar el forastero la costumbre local de pagar un canon por la ronda y galanteo con las mozas del lugar:

Esta noche vengo a ver
si ese puñal tiene acero
pues me la tienen jurada
los mocitos de este pueblo (5).

La territorialidad, una vez conseguido el privilegio de acceder a la dama, se personaliza, o se desplaza como en esta copla:

Cuatro pinos tiene tu pinar
y yo te los cuido.
Cuatro mozos los quieren cortar
no se han atrevido (6).

En cualquier caso queda claro que la calle es ese lugar de nadie al que se accede y del que uno se apodera gracias a determinadas dotes de valentía, envueltas en palabras y obras, con el fin último del galanteo.

Por esta calle me voy
y por ésta doy la vuelta,
si algún majo me quiere algo
que me salga a la revuelta (7).

No se acepta como lugar de enfrentamiento el interior de las moradas o el abrigo de los corrales:

Dígale usted a ese majo
de la montera
que si busca camorra
salga allá fuera (8).

El motivo de la confrontación, se supone, es la posesión de la voluntad de la dama a la que se corteja, pero se puede producir por muy diversos motivos: Insultos, desaires o cualquier otro de los que se incluyen en la Partida Séptima, Título IX, ley 3ª: “Ninguno podrá tampoco cantar canciones ni decir versos o dictados que se hubiesen compuesto en deshonra de alguno o por injuriarle;



y el que lo verifique quedará infamado, sufrirá la pena corporal o pecuniaria que a su arbitrio le imponga el juez del lugar en que tal ocurra y no será oído aunque quisiera probar lo que diga puesto que el mal que los homes dicen unos de otros por escritos o por rimas es peor que aquel que dicen de otra guisa por palabra, porque dura la remembranza de ellos para siempre si la escritura non se pierde”. O, añadiríamos nosotros, si la memoria lo retiene y la voz sigue difundiendo, que para el caso es lo mismo. El resultado de las confrontaciones: desde el caso extremo de la muerte, hasta lesiones de diferente consideración para las que ya el Fuero Viejo de Castilla tenía su particular castigo: “Por ojo quebrado, cien sueldos; oreja tajada cincuenta sueldos; narices cortadas cien sueldos; labios, cien sueldos; cuatro dientes de delante, cada uno cincuenta sueldos... y así sucesivamente hasta llegar a un mechón de pelo o una mesada de barba que se penaban menos por ser menos lesivos.

Habíamos dicho que las armas usadas por los rondadores podían ser de muchos tipos, pero vamos a dedicarle especial atención al uso de palos, muy frecuente en el medio rural durante siglos. No es difícil imaginar una transferencia de cualidades al objeto inanimado de modo que esos palos fuesen en el fondo el símbolo y vehículo de la valentía necesaria para el desafío.

Esta noche no me acuesto
hasta que se rompa el palo
tengo la novia bonita
y también muchos contrarios(9).

o

Señor San Pedro
traigo un palo de avellano
mientras que dure no hay miedo (10).

Hay, pues, en el palo un simbolismo claro ya que viene a ser espejo del arrojo de la persona que lo porta y, dicho sea sin ánimo de ridiculizar, su medio de expresión más eficaz. Pero el palo tiene además, en ocasiones, una función que analizaré

brevemente. Portado muchas veces por los rondadores nocturnos era arrojado al interior de la casa rondada con una finalidad evidentemente selectiva. La moza o sus progenitores elegían el o los palos que preferían, echando todos los demás a la calle, dándose de esta manera sus propietarios por excluidos con este acto de la posibilidad de cualquier relación. Esta costumbre aparece desde Asturias a Extremadura con leves variantes, siendo interesante destacar que para producirse esa selección debían de existir en los palos algunas marcas que distinguiesen unos de otros. Tal suposición nos lleva a un tipo de cultura pastoril en la que era muy frecuente el uso de cayados o cachas señalados por incisiones practicadas a navaja en los ratos de ocio y que podían representar desde figuras de plantas o animales hasta el nombre del propietario en los casos -abundantes entre los pastores- de que el autor de la talla supiese leer y escribir. Constantino Cabal habla del uso del palo entre los bretones y dice: “En Bretaña también se estila palo cuando se busca el amor porque el bretón, lo mismo que el astur, acostumbraba a ponerlo a la puerta de los chozos como aviso a los demás, en sus tiempos de infancia pastoril...”. También refiere otro caso, aplicado por Estrabón a los pastores árabes: “Es uso en ellos el llevar el palo, y es uso que al entrar en una casa para ver a una mujer dejen el palo a la puerta...” (11)

Tenemos pues varios elementos que se combinan o van solos en el acto del desafío: voz, sea un ijúj sea una canción y cayado o palo para marcar un territorio en el cual, y durante la noche, es dado decir algo que en otro lugar y a la luz del día estaría vedado por la costumbres o las presiones sociales, que lo considerarían inadecuado.

La obra literaria del siglo pasado *La ronda de pan y huevo* nos recuerda los diversos tipos de rondadores que pisaban las calles del Madrid dieciochesco, dejando en evidencia que no todas las rondas eran amorosas pero que en todas, eso sí, podía haber palos: Los cofrades de la Hermandad de Nuestra Señora del Refugio (a cuya ronda se denominaba “de pan y huevo” por ser los alimentos que ofrecía a los menesterosos), los hermanos del pecado mortal (demandando limosnas con voz plañidera), los cofrades de la Virgen del Rosario, que terminaban sus rezos con la llegada de la aurora; los hermanos saetilleros del pecado mortal que iban de dos en dos lanzando saetas con voz lastimera y fúnebre, la Hermandad de los agonizantes, la compañía de voladores llamados así por la ligereza con que sus individuos huían del peligro después de cometer una diablura y los apaleadores de oficio, lista numerosa con la que acabaron, a comienzos del pasado siglo, las luces de los faroles y los serenos.

La costumbre y esa curiosa tendencia que ya mencionamos anteriormente de convertir el palo

portado en la mano en símbolo de valentía pudo derivar en el hecho de que cualquier otro instrumento, como la guitarra, por ejemplo, preferido para el uso por los rondadores, llegara a representar físicamente esa actitud desafiante que antes se sublimaba en el cayado:

Por la calle va rondando
el guitarrón volandero
el que lo quiera romper
que se confiese primero(12)

o

¿Quién es el majo que ha dicho
que ha de romper la vihuela?
Ahora tiene la ocasión:
un chavalillo la lleva(13)

o

Cogiendo yo la guitarra
mi compañero los hierros
nos salimos a la calle
y a nadie tenemos miedo (14)

En estos casos representa la guitarra, pues, una suerte de atributo guerrero, también de madera, que vuelve a justificar esa etimología de la que hablábamos al principio.

No deja de ser una casualidad sorprendente -permítaseme esta digresión mitológica- que en la historia de Cupido, el Eros romano nacido de los amores de Marte y Venus, se nos narre que, escondido en el bosque para librarle su madre de la cólera de Júpiter, eligiese el fresno y el ciprés, maderas muy utilizadas por los guitarreros, para confeccionar sus armas, es decir el arco y las flechas, con las que después heriría por doquier a los humanos. Esas guerras amorosas en las que siempre quedaba alguien lesionado, tuvieron su reflejo en muchas coplas dieciochescas, al ser la época neoclásica especialmente proclive al uso de mitos y dioses de la antigüedad:

En guerras de Cupido
llevé la palma
y en triste cautiverio
me dejó el alma.
Y estas victorias
son causa que ahora sienta
pasadas glorias (15).

o

En el altar de Venus
puse mi ofrenda
otra deidad lo supo
y armaron guerra.
Y el caso ha sido
que armaron ellas guerra
y fui yo herido (16).

El amor como confrontación en la ronda sería, sin embargo, otro tema del que habría que ocu-

parse en otro momento, pero del que demuestran su abundancia y tradición múltiples ejemplos como estos:

Asómate si quieres
a la ventana
que la música viene
por ti madama;
la capitana
puso bandera, la pone colorada
señal de guerra (17)

(el color del velo de la novia romana era rojo pero era el mismo que se dedicaba a Marte, Dios de la guerra).

o

A conquistar tu plaza
me dirigía
cuando vi que otro puso
la batería.
Jugué de diestro
Y puse en otra parte
mi campamento (18).

Esa confrontación, esa lucha, tiene una larga tradición que, en algunos casos, todavía nos llega de forma explícita y física. Enrique Casas Gaspar en su libro *Las ceremonias nupciales* (19) recuerda como un rito de agregación las palizas que se dan los novios antes de casarse: “Cuando en Miranda do Douro (Portugal) una muchacha está a punto de casarse –dice–, se hace la encontradiza con su novio y éste aprovecha la ocasión para pegarle una tunda pagándole ella con la misma moneda”. Todas estas costumbres, derivadas del antiquísimo uso de la separación de sexos que ha llegado intacto a nuestros días fomentado por el propio cristianismo, convertían el galanteo en una prueba de fuerza para los mozos varones que debían de dejar patente su supremacía ante los individuos de su propio sexo.

En este sentido podríamos considerar la ronda como una costumbre en la que se observan varios ritos superpuestos. Por una parte se recuerda un pretérito despeje del campo de enemigos, acto que tiene lugar por parte de una o varias cuadrillas de hombres que llegan a agredirse de diversos modos. Este enfrentamiento, esta lucha por conquistar un espacio se justifica con el hecho de atraer posteriormente la atención de un representante del sexo opuesto, sea de forma directa, con gritos o canciones, sea de forma simbólica entregando el objeto que caracteriza el sexo masculino para que sea aceptado por la mujer. De forma paralela se produce una lucha ritual entre pretendiente y pretendida que, como hemos visto, puede ir desde la sátira verbal hasta la agresión física. Vista desde estas perspectivas, la ronda tiene una explicación antropológica que se ha estudiado escasamente, predominando casi siempre el uso extensivo de la palabra para denominar los textos y melodías a que daba origen el rito de cortejar.

NOTAS:

(1). *Diccionario de Autoridades*. Gredos, Madrid, Tomo III, p.639

(2). *Partida Séptima*. Título XXXIII, ley 7ª.

(3). José Manuel Pedrosa: "La canción de ronda de Las calles del amor entre los sefardíes de Oriente". *Revista de folklore*, Tomo 12 I, pp. 42-47.

(4). Claudia de Santos, Luis Domingo Delgado, Ignacio Sanz: *Folklore segoviano I*. Caja de Ahorros de Segovia, Segovia, p.60

(5) Ibid: p.81

(6). Rafael Calleja: *Cantos de la montaña*. Santander, 1903,pp. 15-16

(7). Jose Manuel Pedrosa: Op. cit.

(8).J.A. Iza Zamácola: *Colección de las mejores coplas de seguidillas tiranas y polos que se han compuesto para cantar a la guitarra*. 1800, p. 132.

(9). Claudia de Santos ...: Op. Cit. p 80.

(10). Rafael Calleja: Op. Cit. p. 76

(11). Constantino Cabal: *Individuo y sociedad en la Asturias tradicional*. GEA, p. 252.

(12). *Ensisam de totes berbes*. Valencia, 1891, p.591

(13).Claudia de Santos: Op. cit. p. 79

(14). Ibid. p. 62

(15). J. A. Iza Zamácola: Op. cit. p.237.

(16). Ibid. p. 61

(17). Federico Olmeda: *Folklore de Castilla o Cancionero Popular de Burgos*. Sevilla, 1903, p. 37

(18). J. A. Iza Zamácola: Op. Cit. p. 65.

(19). Enrique Casas Gaspar: *Las ceremonias nupciales*. Sáez, Madrid, 1931. p. 154.

